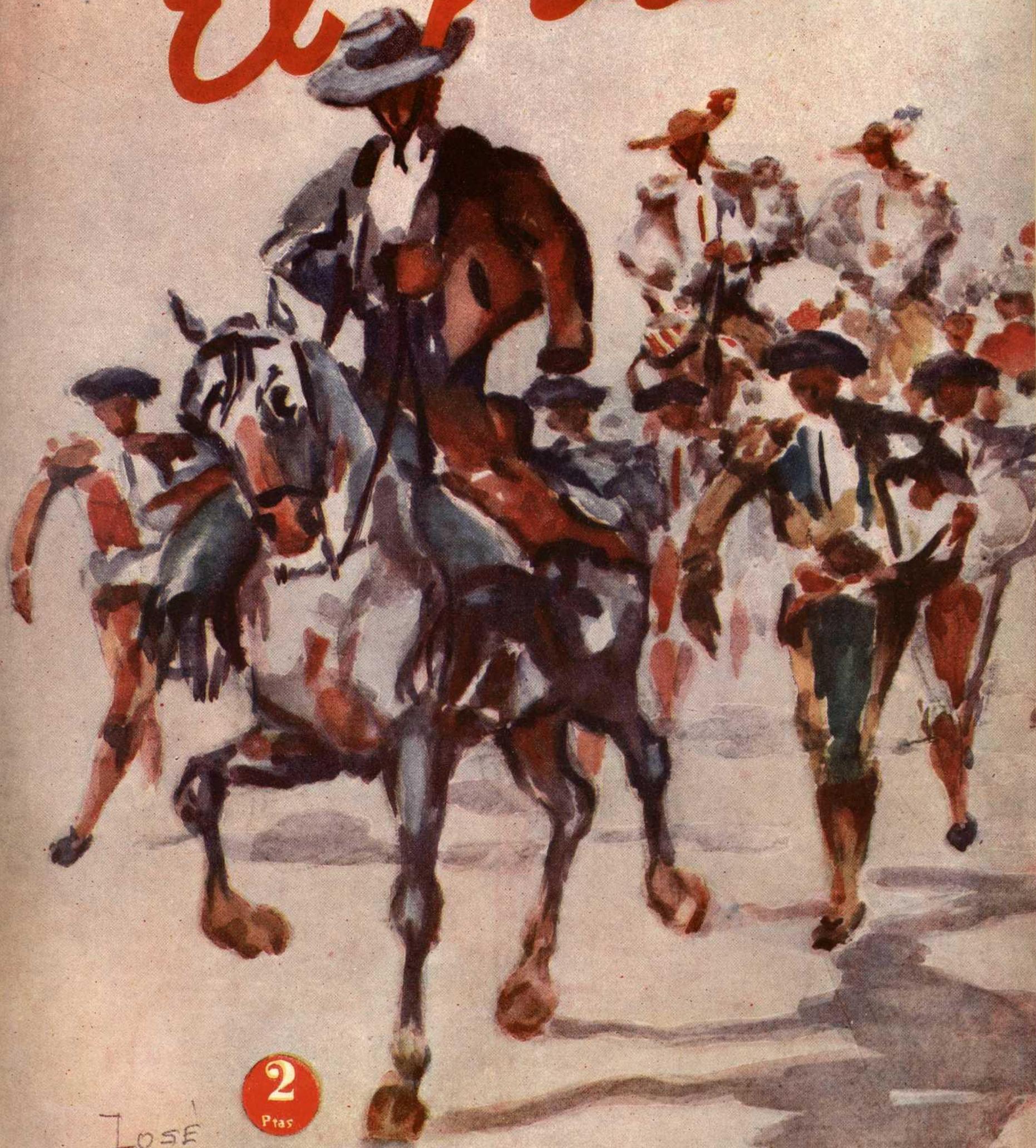


El Ruedo



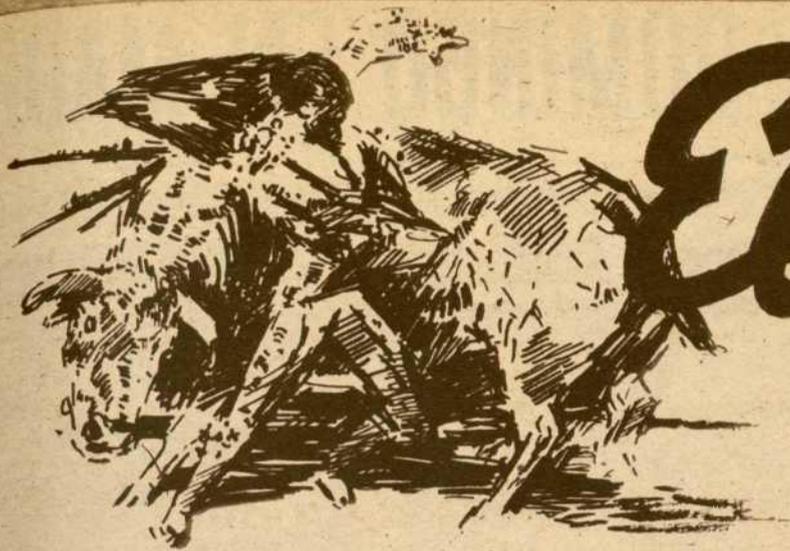
2
Ptas

JOSE
VALENCIANO

946.



Antonio Sánchez, El Tato



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 22 de agosto de 1946 - N.º 113



EL episodio del torero muerto en la Plaza, cuando su fama y su prestigio nos parecen más sólidos, lo simboliza de manera justa esa columna rota que un escultor trazó sobre la tumba del Espartero, en Sevilla, para decir eternamente, en romance de piedra, el dramatismo de un destino que nos acecha siempre sin avisarnos nunca...

No es la hora de hacer literatura tomando como base la tragedia de que ha sido testigo la Plaza de San Roque. Mejor que eso, sería analizar las circunstancias que han concurrido en el suceso, por si de esta inspección se derivaran enseñanzas fecundas para el presente y el futuro...

El torero, cuando se viste la casaquilla recamada para ir a la Plaza, ignora siempre cómo será su vuelta; porque en la fiesta de los toros todo es verdad, hasta la muerte, aunque sean necesarias estas desgracias para que los escépticos admitan que el peligro bordea en todo instante los alamares del lidiador. El único que sabe exactamente lo que se juega en el envite es el torero. El ve de cerca cómo empuja la fiera; cómo busca la presa con sus pitones aguzados; cómo intenta discriminar, guiado por su instinto; dónde acaba el engaño, que lo trae y lo lleva y lo burla y lo cansa, y dónde empieza el hombre que hace un juego de arte de esta burla dramática.

Y a pesar de ello, el torero se viste con gesto sonriente, respaldado, a veces, en su soledad, por la presencia de la madre y robustecida su moral con las imágenes en las que el torero ha depositado devoción y fervores.

Así, esta foto, que reproducimos, de Eduardo Liceaga vistiéndose para actuar en el ruedo de Valencia, que tiene como fondo una imagen de la Virgen de Guadalupe y la presencia tangible de la madre, que intenta disimular su angustia.

El mozo de espadas, ese fiel servidor, que tanto significa en el vivir accidentado del torero, es, sin embargo, el ejemplo más claro de las fuerzas extrañas que empujan al torero hacia el destino. Hacia ese destino que aguarda al lidiador cuando llega la hora en la que todos se separan y dejan al espada a solas con el toro. Como decía Belmonte, al referirse a su mozo de estoques: «Cada uno a un lado de la barrera: yo, con el capotillo sobre los hombros cansados, y él con su espuerta de avios de torear...»

Y en este estar «cada uno a un lado de la barrera», uno de cara al riesgo y el otro protegido por el refugio de las tablas, quizás radique la verdad de la fiesta. Una verdad que nadie reconoce hasta que viene una desgracia como esta de San Roque, y la recuerda...

PREGON DE TOROS

DE TOROS
Por JUAN LEON



DESPUES de muy distintos supuestos, que amenazaban dejar a Madrid este año sin la tradicional corrida del Montepío de Toreros, se ha hecho público su cartel, en el que forman terna Curro Caro, Carlos Arruza y el sevillano Vito, que confirmará la alternativa. La fecha señalada para su celebración es la del 26 de septiembre.

Justamente, la semana anterior tendrá lugar la que la Diputación madrileña organiza a beneficio de su Hospital, cuyo cartel, si no ultimado oficialmente, se asegura que a los nombres de Manolete, Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín, cuyos desinteresados ofrecimientos fueron aceptados oportunamente, se sumará, el de Gitanillo de Triana.

Y justamente una semana después de la corrida de los Toreros, tendrá lugar, si son ciertas nuestras noticias, la del Montepío de Policía, cuyos organizadores gestionan la participación en ella del diestro argentino Raul Ochoa Rovira, que confirmará su alternativa.

Tres, pues, son ya las corridas de importancia máxima que tendrán lugar en la temporada otoñal madrileña, y si la Empresa de la Nueva Plaza de Toros se decide también, como se dice, a organizar algunos festejos de campanillas, cerraremos el año 1946 con el tronio de los mejores tiempos del abono, tan añorados por muchos aficionados.

El resultado que se viene obteniendo en los espectáculos novilleriles que en la actualidad se celebran en las Ventas, suponemos que ha de ser estimulante para la Empresa. Creemos que apenas comenzado el mes de septiembre se decidirá a organizar carteles de importancia, aunque entre ellos no falten algunas novilladas, ya que para éstas hay nombres bastantes con interés sobrado para que el público madrileño respondiera satisfactoriamente. El momento económico, por otra parte, tal vez sea bastante mejor que el que caracterizó a la temporada de primavera, y si el tiempo ayuda la satisfacción puede ser general.

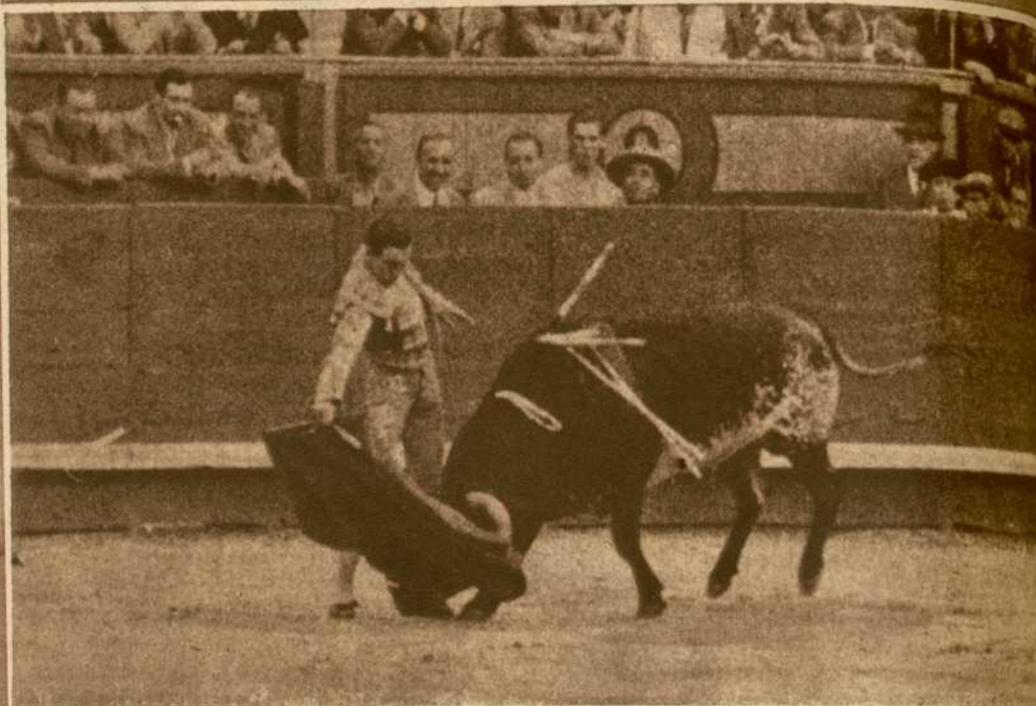
...

Repasando los nombres de los novilleros con que se contaba para esos espectáculos de postín, he dado, en primer lugar, con el del infortunado mejicano Eduardo Liceaga. No faltará en este número la emoción de su tragedia, ocurrida el domingo en la Plaza de San Roque; pero yo quiero testimoniar aquí a los suyos y a los diestros mejicanos, mi sincero dolor. Me honraba con su amistad y me complacía su trato afable y cortés. Unos días antes de su muerte, hablé con él por última vez. Estaba animado, satisfecho de sus más recientes actuaciones, y me habló de su cara ilusión de tomar la alternativa en septiembre para volver a Méjico. «No sé, veremos —me dijo—; yo hago cuanto puedo por llegar a ese momento con méritos suficientes. Quiero volver a mi tierra con todo honor». Y agregó con incontenible y melancólica añoranza: «¡Dos años ya!...»

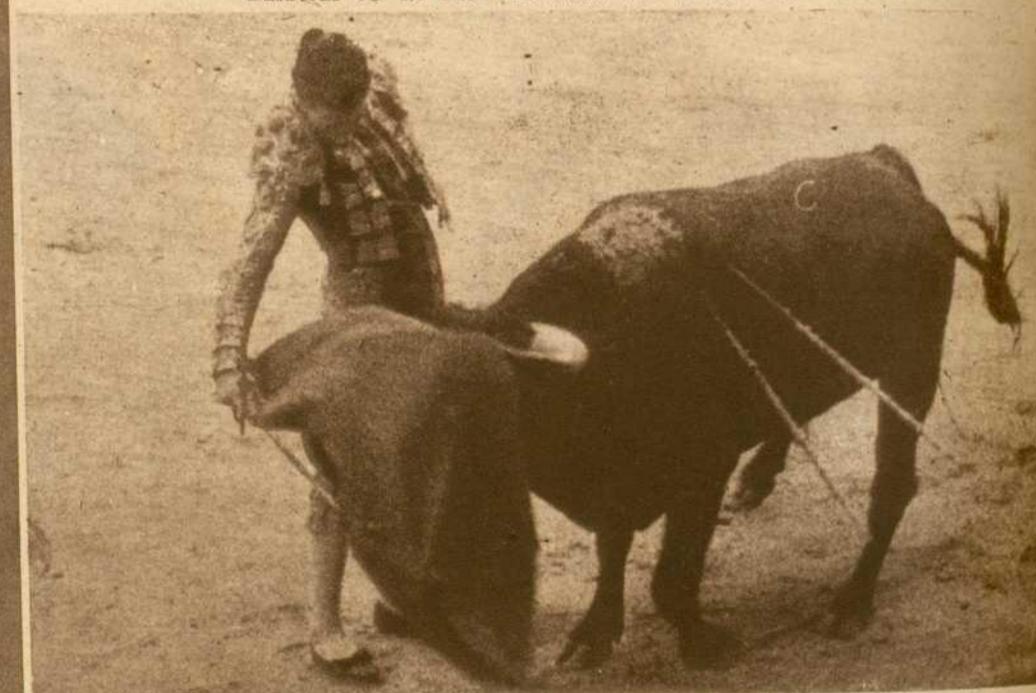
Dos años para ti, mi buen amigo, ya no son nada. Has entrada lleno de juventud y estallante de ilusiones en el tiempo sin tiempo. Estaba mucho más cerca tu último viaje, que pido a Dios haya sido a Su Santa Gloria.



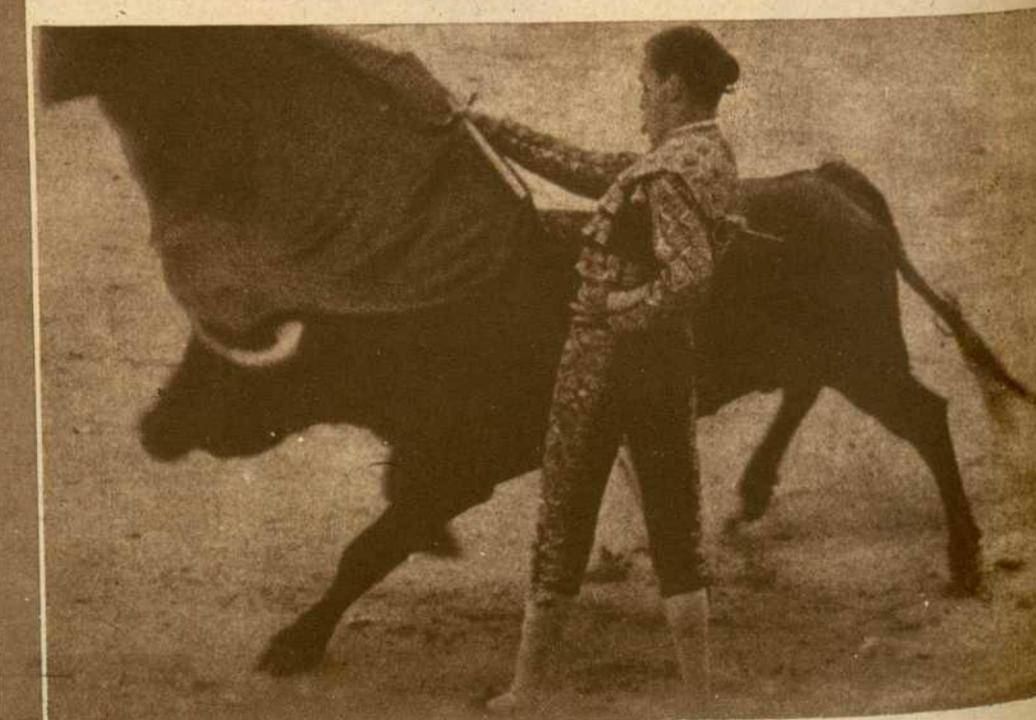
EL DOMINGO EN MADRID



Balderas en un buen muletazo con la derecha



El novillo engancha en la muleta de Corona

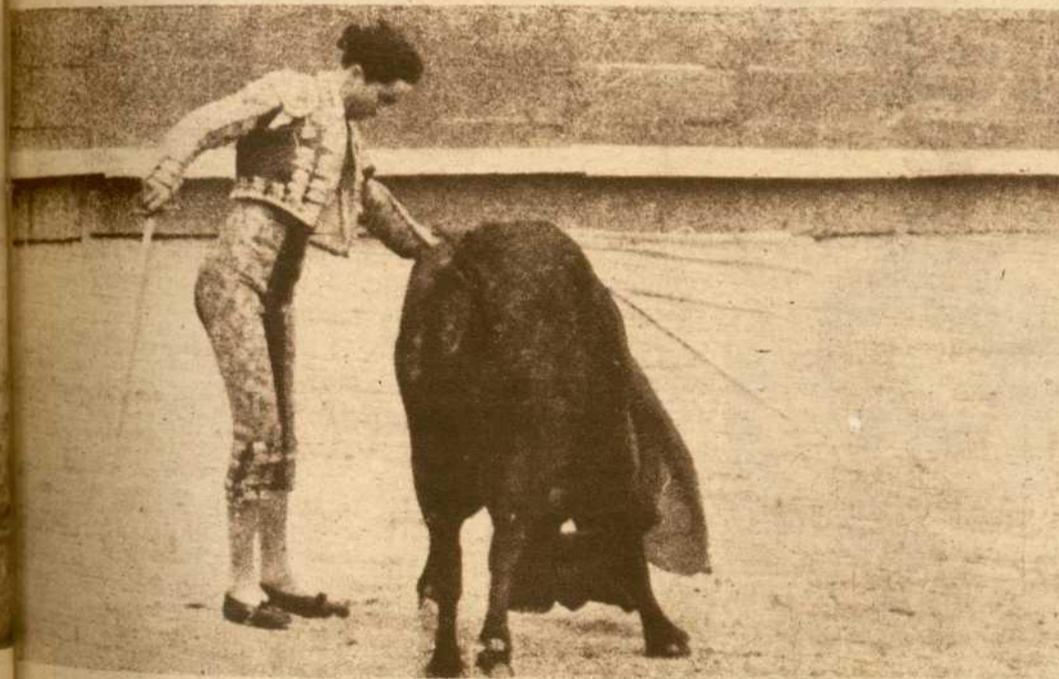


Un buen muletazo del torero de Melilla

NOVILLOS DE CONCHA Y SIERRA BALDERAS, CORONA Y HONRUBIA



Honrubia en una de las coladas que sufrió



El debutante inicia el pase natural (Fotos. Zarkhijo)



Los tres espadas se disponen a envolverse en los capotillos de paseo

El domingo, en LAS VENTAS

DOS, SEIS Y DOCE

Dos novilladas, seis novilleros y doce novillos. Este es el resumen de lo que la semana grande de Tauro —algo así como el gran sorteo del año— ha dejado en Madrid. Al cronista le cuesta desdoblarse en la crónica lo que tan bien y tan concisamente se contiene en el resumen. Pero no hay más remedio y a ello vamos.

El ganado de una y otra, de la del jueves de la Asunción y de la del domingo, visto a la distancia de unas horas, no ofrece esas características que fijan sus perfiles para la posteridad de manera precisa. Fueron doce novillos, más chicos los de don Manuel y don Ildefonso Marañón, de procedencia Pallarés, y mayores y mal encornados los de Concha y Sierra. Los primeros se tralan mejor: casta que los segundos; eran más facilonos, aunque echaban la cara arriba, que los de la divisa blanca, negra y plomo, más quedadotes y con tendencia a cortar por la derecha. Malas intenciones apenas podemos encontrarlas en los últimos del domingo, en todo caso. Todos se dejaron torear y el que más y el que menos perdonó la vida a alguien. Bravos no lo fueron ninguno, aunque el público aplaudiese el arrastre de dos o tres, con ese prurito de molestar al diestro que les hace equivocar las cosas. En varas cumplieron unos y otros sin exageraciones. Mejor las primeras partes de las corridas que las finales.

Y para seguir emparejando, diremos que hubo dos debutantes que fracasaron. Es triste consignar que no vimos en el chico de Joaquín Rodríguez el menor atisbo torero que le pudiera venir por herencia paterna. Es medroso y tampoco se entera de lo que le pasa por delante. Aun así, está mucho más puesto que el valenciano Honrubia, absolutamente despistado, salvo en el abreviar tirando a los bajos el estoque. No están, y acaso no lo estén nunca, para presentarse en Madrid. Por lo menos para lo que debe ser, que ya estamos viendo que es un canon que en la realidad se escoge bastante.

Podemos seguir emparejando a los ultramarinos y en ese apartado comprenderemos a la mejor promesa de las dos tardes, a José Antonio Mora, que estuvo muy valiente y animado, echando mano de un repertorio vario y emocionante y dando la sensación de conocer el oficio. Fué muy aplaudido, dió una vuelta al ruedo en un toro y lo despidieron con palmas fuertes. La gente, porque quedó muy satisfecha del modo cómo ese «manito» de tez achinada se pasó a los toros muy cerca, de pie y de rodillas, y se volcó a la hora de matar. Con pujos críticos se saboreó el que corrió bien la mano en los naturales y que sacó, para reducir al final de faena el nervio de su primer enemigo, unos excelentísimos pases por bajo. Tiene el defecto, como casi todos los mejicanos, de no veroniquear bien.

Luciano Coboleda me produjo una grata impresión de valor honesto, sin trampa ni exageración teatral. Su facha, de torero de otros tiempos, su sangre fría para jugarse la vida, sin concederle demasiado importancia, reconozco que me pusieron a su favor. La Plaza, que había comenzado fría con él, reaccionó también con justicia y le aplaudió fuerte. Porque este hombre estuvo lleno de voluntad toda la tarde; hizo un par de quites buenos, uno magnífico a la espalda. Tuvo la obsesión de hacer la estatua y sólo al final acertó a correr la mano con la muleta, demostrando que lo sabe hacer. Y se tiró a matar con muchas ganas y buen estilo. La suerte no le acompañó demasiado y el diestro luchó contra ella sin desmayo hasta conseguir que le pusiera mejor cara.

Antonio Corona, en su repetición madrileña, volvió a demostrar su valor, todavía sin cauce suficiente en la Plaza. Su labor de muleta fué mejor que la del capote. Franela en mano, con valor y mejor conocimiento, mantuvo su cartel de bravo y mejoró, sobre todo con una corta muy bien puesta al segundo de la tarde, su concepción como estoqueador.

Esto es lo que descubrieron dos novilladas, seis novilleros y doce novillos.

EL CACHETERO



ANTES DE LA CORRIDA

EL CRITERIO DE BASILIO BARAJAS ES ROTUNDO: Si no fuera por el peto no se podrían dar corridas de toros

Porque el peor "jamelgo" cuesta cuatrocientos duros



Basilio Barajas

DE tarde en tarde nos gusta dar una vuelta, antes de la corrida, por el patio de caballos.

En esta importante dependencia, antesala del ruedo, sienta sus reales desde hace veinte años la magra y cenicienta estampa de Basilio Barajas.

Al en otros tiempos carpintero, mulillero, monosabio y rejoneador, y ahora contratista de caballos, le caracteriza una inagotable actividad que le impide estar ocioso un instante.

Febil e inquieto, ocupado en mil menesteres, sin descuidar con la vista las evoluciones de cinco o seis jamelgos montados por monosabios para desentumecerlos, atiende las peticiones de un grupo de picadores deseosos de montar el mejor alazán, disputa con un tipo agitanado el precio de una escuálida «sardina», corrige a un mozo de cuadra cierta deficiencia en la colocación de un peto y aun tiene tiempo para apuntar en murrieta libreta la última cotización de piensos que le va facilitando un sujeto con inequívoco aire de paleta.

A poco, le vemos escurrirse por la puerta de las caballerizas. Le seguimos a tiempo de verle inyectar a un caballo cierta sustancia, acaso con el intento de transmitirle energías... Y entablamos con él un rápido diálogo:

—Es maravillosa la resistencia de estos animales.

—¿Resistencia? Nada más lejos de ello. Estos caballos —añadió, abarcando con la vista los que había en la cuadra— vienen a durar de dos a tres corridas.

—¿Cómo así, si siempre nos parece ver los mismos en el ruedo?

—Sepa usted que ese tiempo vienen a durar, pues los que no mueren de las heridas o golpes recibidos, se «mosquean» y no hay fuerza humana que los haga ir al toro, aun a veces después de la primera vara. Si no fuera por el peto, no se podrían dar corridas de toros. De faltar aquél, vendrían a morir de 750 a 800 caballos.

—De lo que se infiere que, con peto o sin él, este negocio no es para comprar automóvil.

—Al final de la temporada pasada, después de manejar 360.000 pesetas, me quedaron limpias no más de 99.000. Este año tampoco será mejor. Por lo pronto, por 16 caballos adquiridos en la feria de Sevilla, hube de pagar 43.000 pesetas. No hay «jamelgo», por muy malo que sea, por el que no tenga que abonar cuatrocientos duros.

—¿Es cierto que

El debutante Honrubia, cuando fuimos a verlo, estaba muy abatido y lamentaba su desconocimiento de la Plaza

usted es el mejor médico de sus caballos?

—Hombre, yo no diré tanto. Pero, tal y como está la vida, con el fin de ahorrar gastos, aquí no entran ayudas ajenas. Fijese lo que tengo aquí —dijo enseñándome el contenido de un armario—: sulfamidas para cortar las infecciones; gasas esterilizadas para taponar heridas. Y para amortiguar porrazos dispongo de vinagre, sal y amoníaco.

—Pese a sus solícitos cuidados, tan pronto estos caballos se vean en el ruedo, estarán más tiempo sentados que en pie.

Barajas hace un ademán de triste asentimiento, y en voz baja, como temiendo ser oído por los derrengados brutos, añade:

—Estos caballos, que tan caros me cuestan, son viejos, desechos de labor, y andan tan mal de brazos como de alimentación. Si no fuera por los petos...

No podemos continuar conversando con Basilio Barajas. Los curiosos, que hasta entonces deambulaban por el patio, lo habían abandonado para ir a ocupar sus localidades. En el portón, las cuadrillas se preparaban para irrumpir en la arena. Entre el mejicano Balderas y el melillense Corona está la figura feble y añorada del debutante.

Diecisiete años mal contados y ya preparado para velar sus armas en el primero de los palenques taurinos. La empresa parece tan desorbitada para un torerillo en agraz, que uno piensa en la irrealidad de las falsas ilusiones.

Francisco Honrubia, hijo de modestos huérfanos de la vega valenciana, ha desertado de su barraca para seguir la aventura del toreo.

Fernando Ruíz, Guerrillero, ex banderillero de Valencia II y del Estudiante, le proporcionó las primeras lecciones. Pequeños éxitos locales le abrieron, el pasado año, las puertas de la Plaza valenciana. Toreó tres corridas seguidas, y las prensas gimieron proclamando «la aparición de una auténtica revelación».

Y con un bagaje de nueve corridas traen al muchacho a toda prisa a Madrid, para que demuestre la autenticidad de su pretendida «revelación».

Dos horas bastaron para que, al abandonar la Plaza, nos hiciéramos estas dos reflexiones:

Primera: Qué hay carifios que ma tan. Segunda: Que nunca fue lo mismo torear becerros que novillos. Con razón hubo de exclamar el debutante, con infantil sinceridad:

—Si hubiera visto antes la Plaza en plan de espectador, no llego hoy a vestirme de torero...

F. MENDO



El debutante Honrubia

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



AVISTA DETENDIDO

¿Quién llega el primero?... El viento, los números cómicos, la lluvia y otras cosas

UNA de las cosas que más preocupan al húsmeador de los entresijos y pequeños misterios que se encierran y esconden tras los bastidores de nuestra gran fiesta es la de quién es el primer espectador que llega a su localidad. Porque, como en el argumento de una famosa novela de provincia, donde el baile del Casino se aplaza y se aplaza hasta que la primera señorita se decide a entrar en el salón, debe existir entre el público anticipado de los toros esa timidez, más o menos subconsciente, de ser la primera persona que pone su negra clave en el pentagrama gris de los tendidos — ¡y vaya por ustedes la metáfora, porque estamos buenos! —. Uno se imagina la tortura sutil del espectador o de la pareja de espectadores primeros que, con miedo de haber llegado demasiado pronto, se asoman a la entrada y no se deciden a pasar, y hacen tiempo paseando con las almohadillas debajo del brazo, hasta que tienen la seguridad de que ya hay alguien dentro. Pero ese "alguien", ¿quién es?... Preguntar esta difícil o casi imposible de responder. Una persona decidida, un loco con el pútrito de la puntualidad, o tal vez gente o gentes a las que la Empresa subvenciona (seamos amables con tal presunción de generosidad financiera), a fin de evitar al público la preocupación y la violencia de convertirse en premios vivos sobre los números de esa gran ruleta de piedra que fingen los asientos del coso. Está visto que de imágenes no seguimos mal.

El domingo se llenó pronto la Plaza, sobre todo el tendido de sol, favorecido por el día, donde hasta era agradable recibir las caricias "del rubio Efebo" — como se afirma en un libro de cierto escritor, que le pone a Febo una "e", sin duda con ánimo de rejuvenecerle —. Lo cierto es que, a pesar del escaso interés del cartel, hubo casi un lleno. Y eso que los vendedores de almohadillas voceaban, con sorna muy madrileña, antes de empezar:

— ¡Que va a llover y sirven de paraguas!

En el 9, un señor andaluz que estaba a nuestro lado quitaba importancia al viento:

— Esto no es nada. ¿Ven ustedes que aquí se vuelan las letras de los anuncios sobre la arena?... Bueno, pues en mi tierra, cuando sopla el Levante, les quita la montera a los matadores y no pueden brindar, y les arrebató las varas a los picadores y no pueden picar...

Y como alguien le preguntara qué pasaba con los escuálidos jameigos de los varilargueros, contestó muy serio:

— A esos no les pasa nada, porque van lastrados de plomo.

Y se quedó tan fresco. ¡Divina y gozosa hipóbole meridional!

A pesar del viento y de la sosería de sus novillos, Balderas hizo lo que pudo y lo que supo. Corona estuvo más prudente que en la novillada anterior, tan prudente que alguien le gritó al verle demasiado inquieto con el trapo rojo en la mano:

— ¡Esas son bulerías!

Pero, sin duda, exageraba. No era para tanto. Hubo algunos números cómicos, y corrieron a cargo de los peones, que se quitaban el puesto y querían torrear a dos manos al mismo tiempo, cosa que no sucedería si emplearan, como es su obligación, la punta del capote. También los picadores hieieron de las suyas con la ya clásica descolocación y "mandanga" — perdonen ustedes el vocablo en gracia a su expresividad —. Hubo algún piquero que apuntaba con la puya a la paletilla, y además acertaba siempre. Nada de fingir que se le escurría el palo, nada de disimulos ni de hipocresías. Las cosas claras... ¿Para qué están las sanciones, señor presidente?... Hubo un penco coecedor, al que no se le pudo acercar al novillo ni a fuerza de monosablos, que no es ninguna tontería.

Y la lluvia jugó a burlarse de los espectadores en cuanto salió el tercero de la tarde, corniveleto y desconcertador de la lidia. Cayó el chaparrón. Cesó poco después. Volvió a caer cuando la gente ocu-

paba de nuevo su localidad. Y entre este "tira y afloja" de las nubes acabó la novillada, subrayada por el tedio, el aburrimiento y las palmas de tango. Inútil es decir que esas palmas iban dedicadas al mocito Honrubia, que será un buen becerrista, pero que con novillos como los del domingo no tiene nada que hacer, por codillero, por medroso, por ignorante y, si se nos apura, hasta por falta de edad. Esto no es cosa de niños. Muchos espectadores hubieran deseado que se le fuera algún novillo vivo al corral, para que no se vistiera más el traje de

lucos, o por lo menos para que se le quitaran por ahora las ganas de volver a la Plaza de la capital de España, con tan pobres fuerzas y recursos como los que mostró.

Al salir nos encontramos al popularísimo Manolo Morán, y en plan de esas entrevistas que hacen los del cine le preguntamos:

— ¿Su opinión sintética sobre la corrida?

Y el gran Manolo contestó:

— ¡Pues que han caído cuatro gotas!

ALFREDO MARQUERIE

EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la novillada del domingo en Madrid. — Por ANTONIO CASERO



Antonio Casero
Dos momentos de Balderas en su primer toro. — Hubo un momento en que los subalternos entraban al toro por parejas... — Aquellos espectadores que, gracias a la lluvia y al cubrirse con las almohadillas, «sentaron la cabeza»

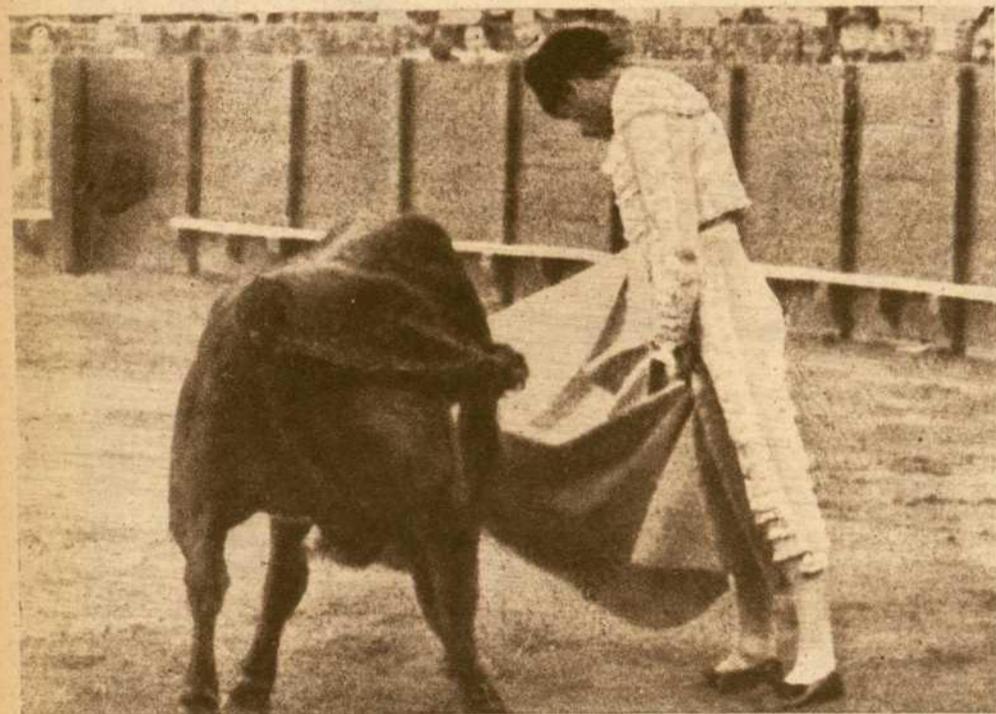




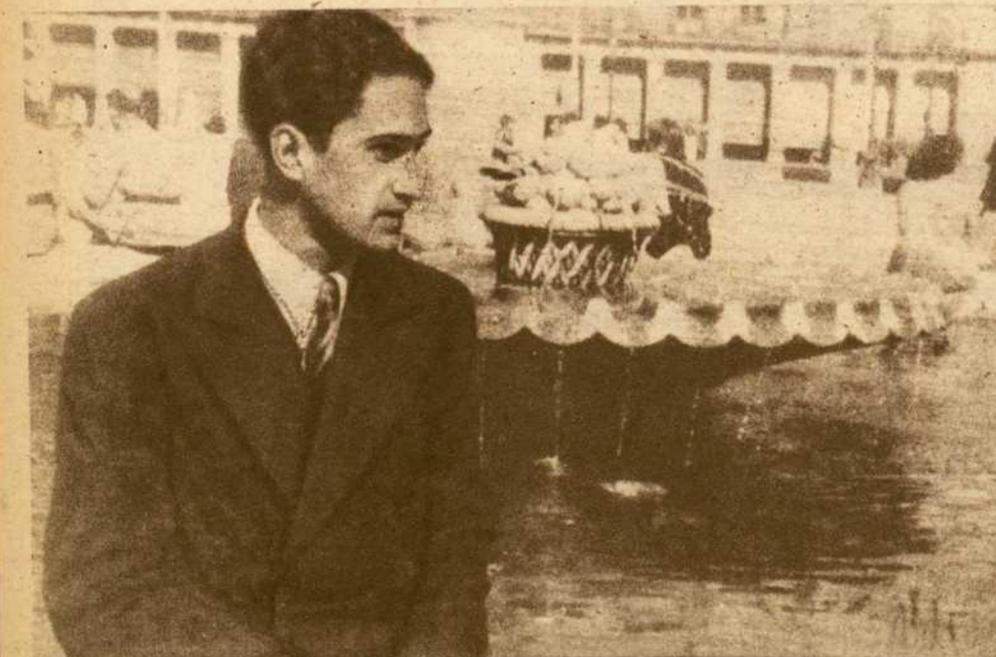
Así de cerca toreaba el infortunado novillero mejicano con la muleta. Esta fotografía corresponde a su última actuación en la Plaza de Madrid



También en Madrid, y en la corrida anterior, Eduardo Liceaga dejó con su toreo emocionante el ¡ay! tremolando en el aire. Véase si no este par de banderillas pegado a las tablas



En Sevilla, donde gozaba gran cartel, hizo este quite por verónicas



A su llegada a Madrid, en su recorrido de lugares típicos de la capital, Liceaga se retrata en la Plaza Mayor

¡HA MUERTO

Yo fui el primero que habló con él

TENGO que personalizar, en contra de mi gusto. Pero no puedo olvidar, en esta hora en que vibra en España un intenso dolor por el torero muerto, que fui yo, a la llegada de Liceaga a Madrid, el primer periodista que celebró con él una entrevista.

No puedo olvidarlo, porque me parece estarlo viendo todavía lleno de ilusión, de esperanza y de anhelos de triunfo, paseando conmigo por los lugares típicos de Madrid, mientras me hacía confidencias y el fotógrafo de EL RUEDO impresionaba placas en las que queda el gesto risueño y lleno de simpatía del pobre Eduardo.

Lo apoderaba en aquellos días Manfredi, que asistió a la entrevista, y en contra de todos los augurios y desmintiendo los presagios que rodean siempre a estas tragedias del toreo, puedo afirmar que todos nos sentíamos alegres y ninguno pensaba en que pudiera ser cortado el vuelo de Liceaga del modo como lo acaba de cortar en San Roque una cornada seca y bárbara.

Y, sin embargo, ha sido así, aunque nos cueste esfuerzo y no poco dolor hacernos a la idea de que ya Liceaga no volverá a los ruedos con que soñó al venir de Méjico, ni volverá a su Méjico con la flameante investidura de matador de toros, que tanto deseaba.

Lo ha matado un toro de Concha y Sierra, como al pobre Pascualillo Márquez. Un toro de esos de la Viuda que figuran siempre en todos los anhelos de los aficionados cuando piensan en su faena grande, con un cárdeno claro que cornea nervioso el aire azul de una Plaza como la Maestranza, como Madrid, como Valencia...

¡Pobre Eduardo Liceaga! Allí, en el cementerio de Algeciras, espera, ya sin ensueños ni ilusiones, que lo trasladen a su tierra nativa. Las palmas que en España se le prodigaron se tornaron en lutos, porque una cornada de muerte tendió sobre la arena la sombra negra de un vivir que se rompe...

Los toros dan dinero y gloria; pero... la fiesta tiene estos percances bárbaros.

A Liceaga el destino le empujó hacia los ruedos. Su envidiable posición no le obligaba a arriesgarse en la dura pelea con los astados. Pero los recuerdos de su hermano mayor obraron como vivos estímulos en Eduardo, hasta hacerle abandonar los estudios del Bachillerato, que cursaba en la capital de Méjico.

A los diecinueve años, edad que contaba el infortunado diestro, era ya una figura de la novillería. Y triunfó en España y en Méjico, y abandonó por completo su preparación académica, para la que reunía magníficas condiciones.

Inteligente, culto, con facilidad para alcanzar el éxito en otras profesiones, el desgraciado diestro mejicano sentía más honda la atracción del riesgo que el goce de una vida tranquila. Estaba dotado de gran valor, y su arte hacía suponer que en un futuro próximo alcanzaría las cumbres de la fama.

Desde que llegó a la capital de España vivía para su profesión. Y la alternativa constituía para él la ilusión más fuerte de su carrera artística. El doctorado de manos de su palcano y maestro, Carlos Arruza, le tenía en tensión. Ese 6 de octubre, en que alcanzaría la codiciada borla, con la que tanto había soñado, le preocupaba.

Vino a España con esa ilusión. Y cifraba toda su gloria en regresar a Méjico de matador de toros. Por este motivo no fué el pasado invierno a Méjico y se quedó en España, para actuar en los tentaderos, recobrar fortaleza y entregarse de lleno al entrenamiento con las vaquillas en las ganaderías.

Sin embargo, Liceaga temía, a veces, no alcanzar esa gloria. Y ese presentimiento, que hizo público el mismo día que llegó a Algeciras, según nos dicen las Agencias, ha tenido fatal confirmación en la Plaza de San Roque.

Hasta el mes de agosto no se presentó en Madrid. Como se esperaba, el éxito le acompañó en las tres tardes seguidas en que actuó en la Plaza de las Ventas. Tres orejas fueron cortadas por Liceaga el pasado año. Y triunfó ruidosamente en el coso de Valencia, y fué sacado en hombros por la multitud.

Superándose cada tarde, llegó a ser nombre imprescindible en los carteles. Y así pudo sumar hasta cuarenta novilladas y gozar gran prestigio en Valencia, Barcelona, Sevilla, Madrid... Sus mayores triunfos fueron logrados en Plazas importantes, ante públicos que aquilatan los méritos, porque su valor no tenía límite y agrandar al público era para Liceaga lo primero.

Recuerdo que al acabar la corrida de su presentación en las Ventas, el día 25 de agosto, le decía a su mozo de espadas, cuando le desnudaba en el hotel:

—Hoy ha sido mi día grande. Si sigo así creo que puedo tomar pronto la alternativa. Pero he de hacer más; estimo que es poco lo que he hecho ante un público como el de Madrid. ¡Nada, nada! ¡Hay que exponer más!...

Esta obsesión de arrimarse a los toros y de exponer le ha cortado su vida en plena juventud. Por valiente y por pundonoroso, ha caído en la Plaza.

Barcelona y Alcalá de Henares le aguardaban en sus futuras actuaciones. Hoy, en la Ciudad Condal. Pasado mañana, en la feria alcalaína...

Con el sufrimiento intenso de ver qué se le marchaba la vida ha caído Eduardo Liceaga. Con la tragedia de verse calado por un toro y sin posibilidad de auxilio de la Ciencia, el mejicano dijo sus últimas palabras en el coche que lo conducía al Hospital Militar:

—Esta es la Plaza de Algeciras—dijo a sus acompañantes.
Y allí acabó el diálogo. A los pocos minutos se había extinguido toda una vida joven que había nacido para ser torero.

JOSE CARRASCO

LICEAGA!

Hay que evitar estas tragedias

Por esas ciudades pequeñas, por esos pueblos, por esas aldeas de Dios, habrá volado la terrible nueva como un estruendoso y afflictivo cohete de los que el vulgo llama «de lágrimas». Esta vez, no de lágrimas blancas y brillantes, de artificio pirotécnico, sino de rabia y de impotencia, porque la fatalidad no ha querido que una vez más el hombre triunfara sobre el instinto feroz de la bestia. La burla, el engaño, no han servido de nada. ¡Qué horror! El quite, el acto más varonil y hermoso de la fiesta, tampoco. Fueron décimas de segundo las que bastaron para que se consumara la tragedia. Su rapidez no dió tiempo a nada. Ni el propio herido llegó a formar conciencia, en su aturdimiento, de que, en volandas hacia la enfermería, no iba camino del amanecer del día siguiente, sino que emprendía la ruta de la noche eterna. ¡Infortunado Liceaga! Era un niño, y como a un niño le mimaban los públicos; deja sólo huellas de bondad en el trato con sus compañeros. Aquí no existe el tóxico. Se puede decir que se abría ante sus ojos y ante sus esperanzas de artista un claro y brillante porvenir. Su actuación en los ruedos españoles le había conquistado un nombre, una reputación fulgurante. Iba hacia la alternativa con paso seguro, y le sobraban recursos de buen torero para ese doctorado, que había de devolverlo triunfador a su Méjico natal. Su desaparición, por muchos motivos y circunstancias, es doblemente penosa. Joven, elegido por los dioses en tal sazón, el tributo es, en esta ocasión, bastante oneroso, y su repercusión, por eso mismo, mucho más honda en el fondo del alma del pueblo español, representado, en el acto del entierro, por ese cortejo de corazones y labios femeninos que iban en pos del ataúd desgranando oraciones por la salvación y la gloria eterna del torero muerto.

Por joven y bueno, por artista, por desgraciado, no creemos que falte a su memoria la amarilla corona de un romance.

Fué Mazzantini quien, al ver en cierta Plaza el estado de la enfermería, se opuso a que toreaen allí sus hombres. Fué Bombita, otra vez, quien, con el cuerpo cosido a cornadas, se preocupaba de conocer cuáles eran los elementos de que se disponía para combatir las consecuencias de una posible desgracia. Joselito, en Talavera; Sánchez Mejías, en Manzanares... Carecemos de información para traer aquí ningún reproche a nada ni a nadie. Pero esta última experiencia, tan dolorosa y cruel como las otras, invita a la meditación. Existen importantes organismos, en Madrid, en Sevilla y acaso en otras capitales, que vigilan la conducta profesional del torero, cuidan sus intereses, los siguen y auxilian en la adversidad, la invalidez y la vejez. Está muy bien. Pero ya hay demasiados casos lamentables para que los toreros descuiden este aspecto, acaso el más delicado, de su vida profesional: el accidente en lugares donde la rareza del espectáculo es incapaz de crear la técnica, la preparación inexcusable, el entretenimiento de útiles y materiales costosos para intervenciones quirúrgicas difíciles y complicadas. La creación de unos equipos volantes de cirujanos, dependientes del Sanatorio de Toreros de Madrid, por ejemplo, que se desplazasen hasta donde las condiciones de una enfermería no fuesen del todo satisfactorias, podría ser solución o remedio, por lo pronto. ¿Resultaría, quizá, costoso? No lo creemos. Pero aun así. La vida de un hombre no tiene precio. La Asociación, el Montepío, los toreros, en fin, agrupados o no, no querrán verse metidos en esa complicidad moral tremenda. Hay que resolverlo de algún modo, y para siempre.

JOSE LEBARRIO



Becerra, el apoderado que últimamente tenía Eduardo Liceaga, preside el duelo en compañía de las autoridades locales. La afición de Algeciras también está presente



Los novilleros Vito y Chaves Flores, que con Liceaga formaron el cartel de San Roque en la desgraciada tarde de la cogida, enviaron esta corona



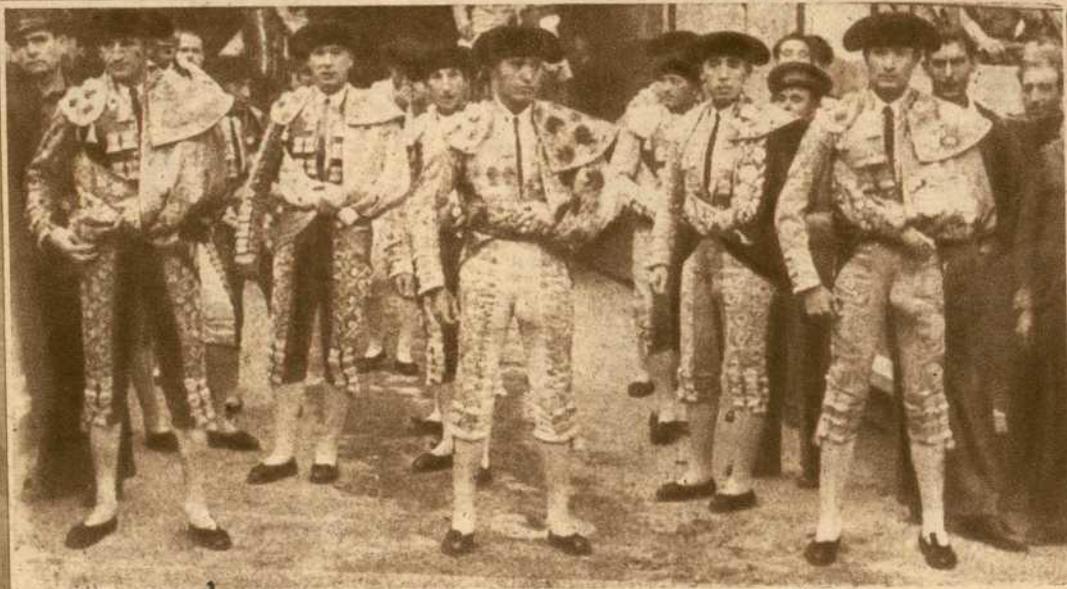
Los miembros de la cuadrilla del mejicano llevan a hombros el féretro



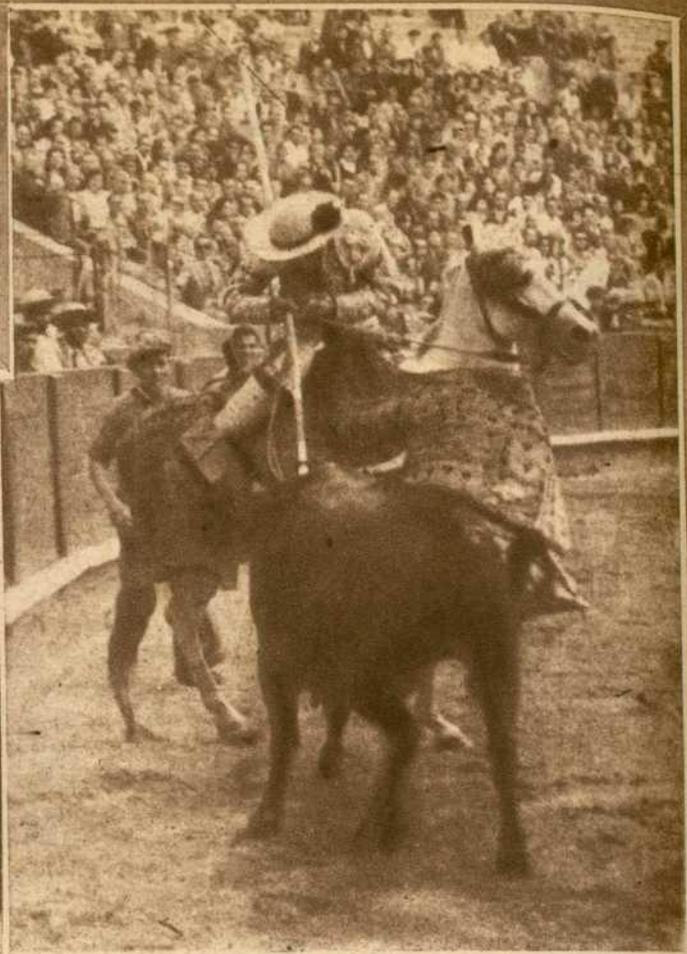
Antes de sacar el cadáver para ser trasladado al cementerio, los amigos y miembros de la cuadrilla de Liceaga rezan por su alma una oración (Fotos Pérez Ponce)

CARTEL DE BARCELONA

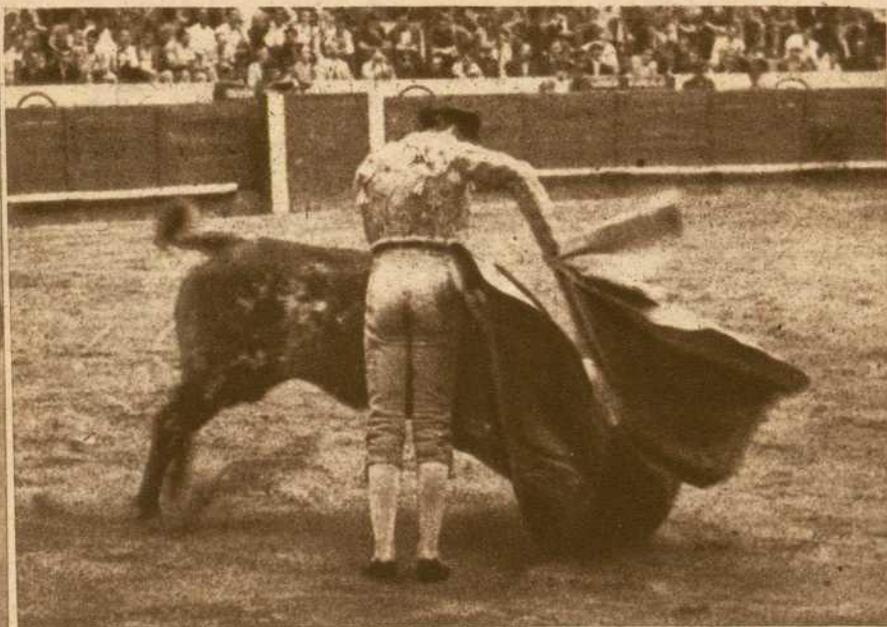
TOROS DE DOMEcq, ESCUDERO, MARIN Y ESTRADA



Los tres matadores dispuestos para comenzar la corrida



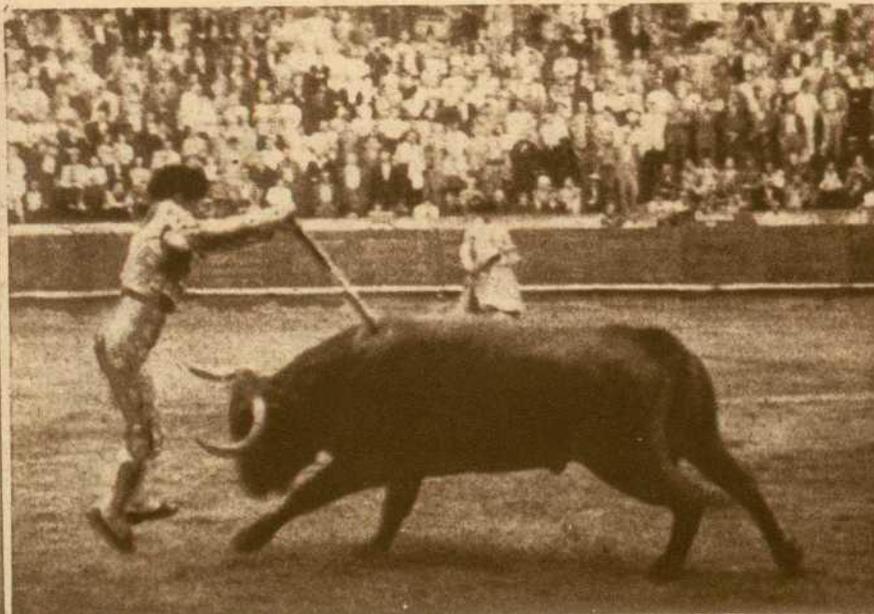
Los toros empujaron fuerte y con brio



Estrada rematando un quite con media verónicas



Escudero en un derechazo por bajo a su primero



Un magnífico par de banderillas de Orteguita



Un lanoe a la verónica de Marin (Fots. Valls)

Las ferias taurinas se suceden casi sin interrupción. Corren los toreros de acá para allá, del norte al sur, en trenes y automóviles, en avión también. Llegan a las ciudades en fiesta, las más de las veces, de madrugada. Breves horas les quedan para reposar. Reposo siempre batido por el miedo o la preocupación de la responsabilidad, y por otra causa que no nace de su ánimo, sino que viene de fuera, de la calle de la ciudad en fiestas. Son los estallidos de los cohetes. Es la algarabía de una charanga, que airea la diána de un pasodoble, entre cohete y cohete.

Nunca me he explicado el porqué de los cohetes. Los comprendo y me regocijan dentro de unos fuegos artificiales. Allí, sí; allí están en su lugar; allí nos embelesan y nos hacen abrir los ojos, contemplando su rápida subida y el súbito estallido de la pólvora, que derrama flores de luz de diverso y vario colorido. Pero un cohete, y al poco, otro, y así media hora, a las ocho de la mañana, total para anunciar con tan extraño, molesto y perturbador modo, que a la tarde hay toros, no encuentro por ningún lado su utilidad y eficacia. Está uno bien dormido, soñando con los angelitos, y de pronto, la detonación nos despierta, sobresaltándonos. ¿Qué ha ocurrido? Y en seguida, otro estampido. Son los cohetes taurinos, que me figuro resonarán en los oídos de los toreros como berreos tremebundos de toros no menos espantables. Y esto, a las siete, a las ocho de la mañana. ¡No hay derecho! Porque, ¡cualquiera coge el sueño otra vez! Uno no va a torear, y empieza a dar vueltas en la cama, desasosegado, con que, ¡cómo les sentarán a los toreros los tales cohetitos! Un diestro muy afamado me decía:

—Lo peor de las ferias son los cohetes y las cuentas de los hoteles, que estallan también en el bolsillo, dejándolo casi vacío. Te hacen pagar, por dormir una noche, seis días antes de la feria y toda la duración de ésta, y encima los cohetes no te dejan dormir. ¿Tú sabes quién ha inventado los cohetes?

Yo no lo sé. Pero, desde luego, no supo lo que hizo... Porque, todavía, la diána de la charanga se puede resistir, hasta cierto punto. Pasa pronto. Despier-

EL PLANETA DE LOS TOROS



Los cohetes y los toreros

ta, pero no del todo. Pero contra los cohetes no se puede luchar. Si los tiraran todos de una vez, aún. Mas no sucede así nunca: los lanzan uno a uno, con intervalos, como refocilándose en el daño. ¿Es que piensa la comisión de festejos que el despertarse a las

mandia! Y los pobres toreros, de feria en feria, soportando este suplicio, que les corta bruscamente su sueño cuando más necesitan de su beneficio. Cuando la preocupación ronda, el sueño es como mantequilla de Soria, que se deshace con sólo tocarla. ¡Figuraos lo



ocho de la mañana es verdaderamente una diversión? Pues están muy equivocados. Porque si después de los cohetes tempraneros, inmediatamente empezara el jolgorio, quizá estuviesen en su punto los estampidos. Pero, no, señor. En todo

programa de ferias se lee: «A las siete de la mañana, dos brillantes bandas de música recorrerán las calles de la población tocando alegres dianas. A la misma hora se dispararán cohetes y una traca. A las seis y media de la tarde, gran corrida de toros.» Es decir, que casi hay doce horas vacías entre número y número del programita de las fiestas. ¿No estaría mejor la diána a las cinco de la tarde, que es una hora conveniente incluso para los que duermen la siesta, que a veces también es bastante divertido, y dejar los cohetes para después de cenar? Brindo la idea a la comisión de festejos que quiera acogerla, en la seguridad de que se immortaliza. Y no se me diga que hay gente que adora los cohetes y que no concibe fiestas sin ellos. Esto lo dicen los pirotécnicos para hacer negocio. Los cohetes no le pueden gustar a nadie, y mucho menos en las primeras horas de la mañana. Y, sobre todo, ¿qué tienen que ver los cohetes con los toros? ¿A qué vienen esas banderillas de fuego a la atmósfera, que se clavan en el sueño de los honrados vecinos y forasteros como un castigo inmerecido y cruel? Y no se alegue que esto

sólo ocurre en los pueblos: ¡en San Sebastián mismo, que es, como todo el mundo sabe, la Perla del Cantábrico, estallan mas cohetes las mañanas de corrida, que bombas de aviación en el desembarco de Nor-

mandia! Y los pobres toreros, de feria en feria, soportando este suplicio, que les corta bruscamente su sueño cuando más necesitan de su beneficio. Cuando la preocupación ronda, el sueño es como mantequilla de Soria, que se deshace con sólo tocarla. ¡Figuraos lo que será un cohete en el sueño de un hombre que va a torear a las pocas horas! Las banderillas de fuego de los cohetes actúan como las auténticas en el lomo de los toros, haciendo rebrincar y saltar a los infelices toreadores en el lecho del hotel, que tan caro les cuesta.

Quédense los cohetes para los fuegos artificiales. Porque el cohete no es, desde luego, un acicate taurino.

DIAZ-CAÑABATE



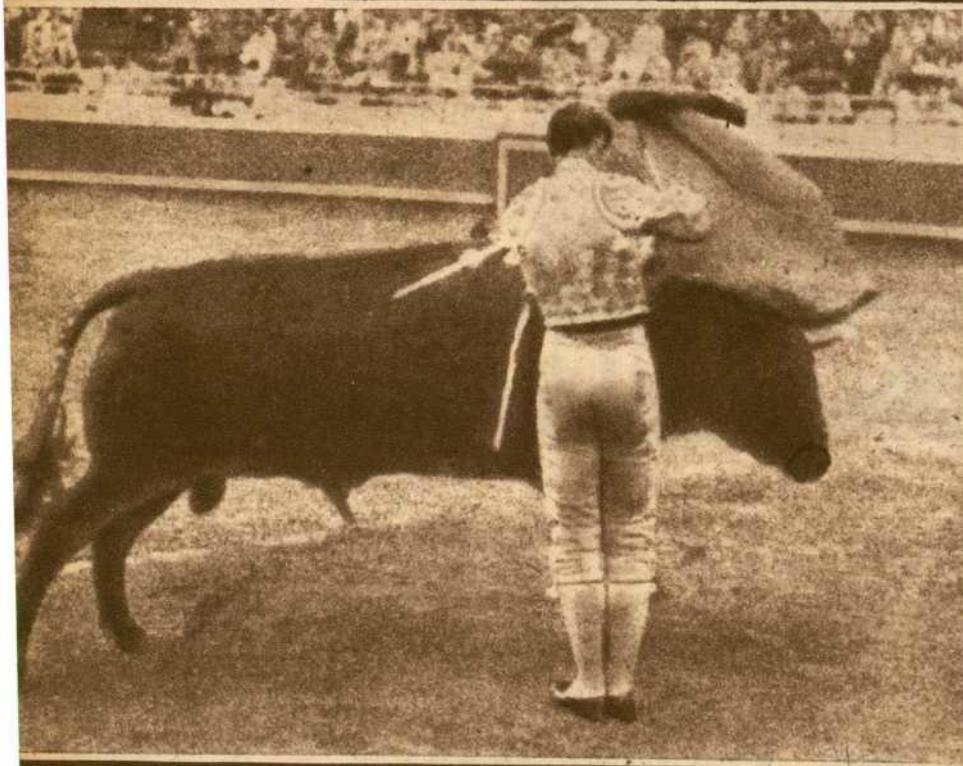
El Andaluz, después de su magistral faena, saluda al público, que le aclama, y ostenta en sus manos los trofeos del triunfo

LA PRIMERA DE
constituyó un éxito

ANDALUZ, PEPE
LUIS Y PEPIN



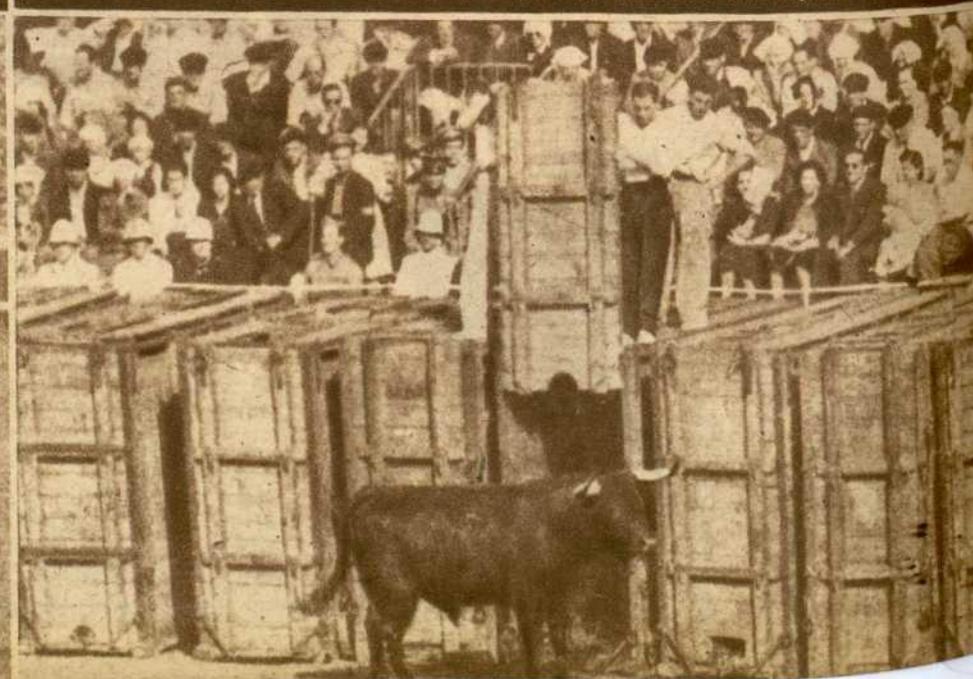
Un pase de pecho de Pepe Luis Vázquez



De arriba abajo: Un muletazo y media verónica en los que el Andaluz hace alarde de su gran estilo



Los mayores de las ganaderías, después del desencajonamiento
Un toro de Atanasio saliendo del cajón



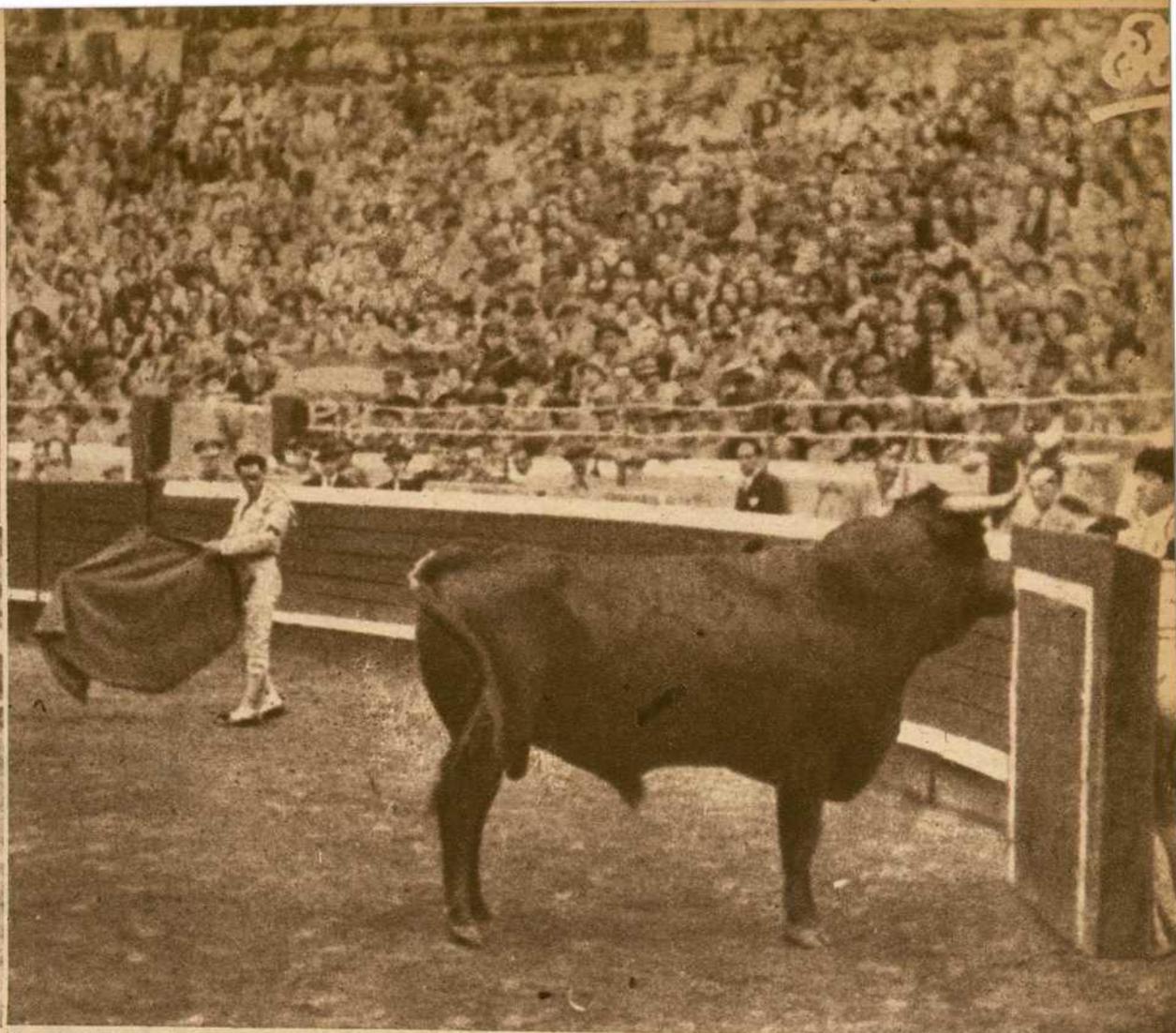
Flora

FERIA EN BILBAO enorme del ANDALUZ

RESES DE DOÑA
CARMEN DE FEDERICO



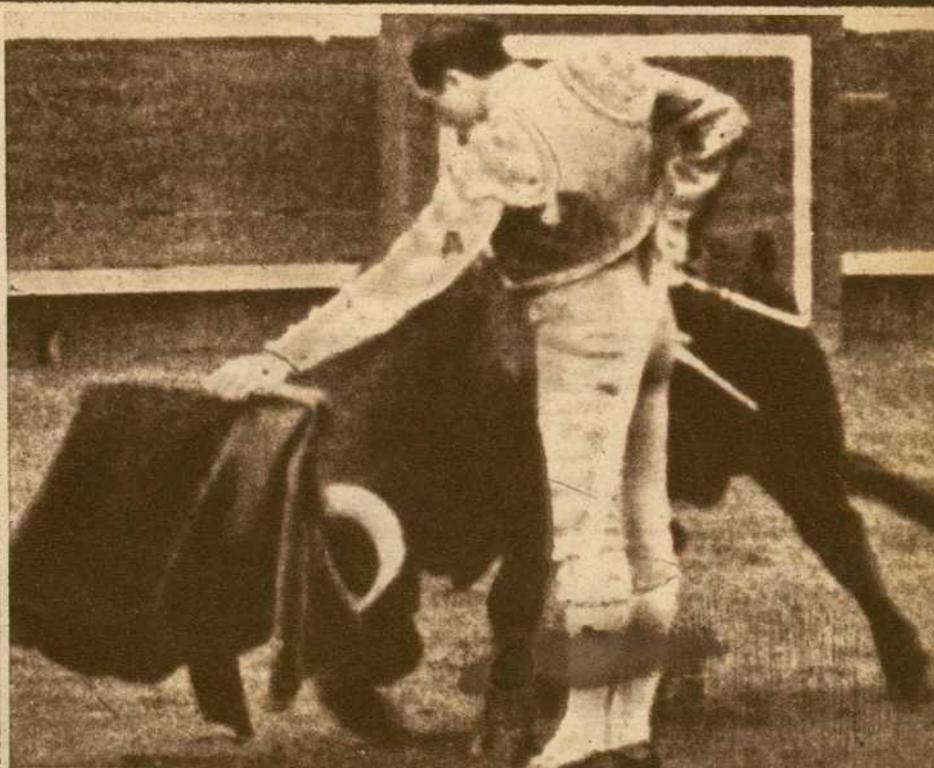
Pepe Luis en un natural a su primero



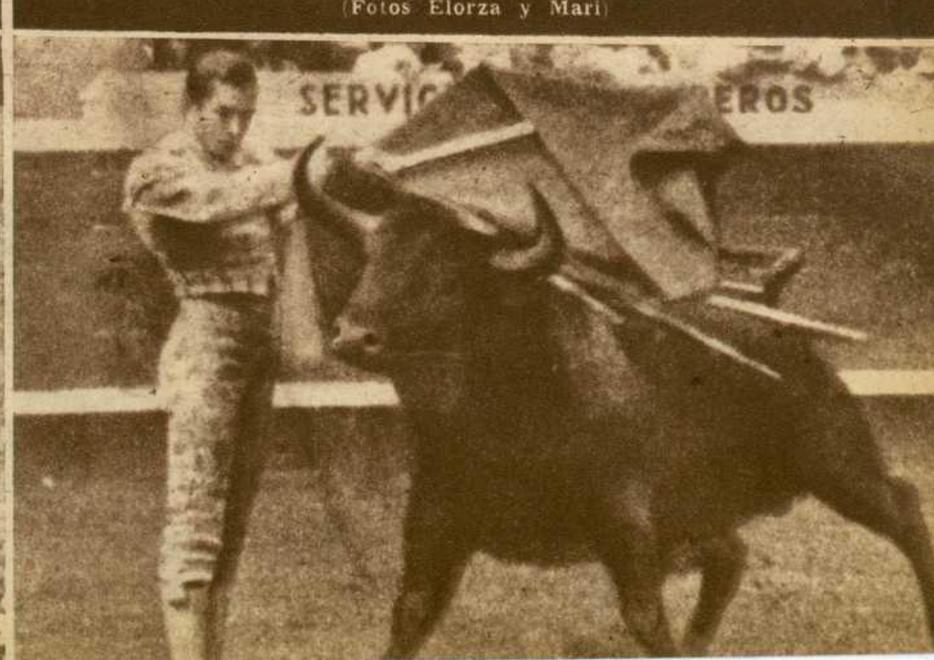
El Andaluz se dispone a iniciar la gran faena que le hizo al buen mozo de doña Carmen de Federico, y grita a los toreros: «¡Taparsel...»



Las cuadrillas hacen el paseo, montera en mano, por la muerte de Liceaga
La corrida de doña Carmen de Federico después del desencajonamiento



Un buen natural y un muletazo por alto de Pepin Martín Vázquez
(Fotos Elorza y Mari)





(ULTIMO CAPITULO)

El día 7 de septiembre salió a torear una corrida de Parladé en la Plaza de Murcia con Pepe-

te III, y herido éste mortalmente por el primer astado, llamado Estudiante, al hacer un quite, mató Machaquito a los seis sin entrar a herir más que siete veces; fué objeto de seis ovaciones, cortó las orejas de los seis toros, y además de matarlos admirablemente, mantuvo toda la tarde una moral muy elevada, llevó todo el peso de la corrida con gran atención y serenidad y escribió, en fin, una brillante página al margen de la tragedia de que fué víctima el simpático y valiente espada sevillano.

En la extravasación de su pundonor, su vergüenza torera y su amor propio, no podía consentir que otro compañero obtuviera más lauros que él, y cuando el 2 de octubre de aquel año se rompió en Madrid una tradición al conceder a Vicente Pastor la oreja del toro Carbonero, de Concha y Sierra, sintió en seguida una incitación que le arrastraba a hacer lo necesario para obtener el mismo premio.

Fué el 17 de mayo del año 1911, salió a torear en la Plaza madrileña reses de Miura para confirmar el doctorado a Agustín García, Malla, y alternar con Vicente Pastor y el Gallo, y con el cuarto toro, llamado Zapatero, castaño, ojulado, grande y cornigacho, hizo Machaquito la hombrada: citó de rodillas para empezar su labor; no acudió la res, y anduvo Rafael cinco pasos hacia ella, siempre de hinojos, y al arrancarse la misma, dió un pase emocionantísimo del que se estuvo hablando todo el año. Vino luego una breve y apretadísima faena, preludio de un gran pinchazo, y, en seguida, una soberbia estocada que hizo echar a Zapatero las patas al aire. La ovación fué inenarrable, y la concesión de la oreja no se hizo esperar. Allí estaba Machaquito renovando su prestigio con un arrojo como cuando once años antes había salido su nombre a flote.

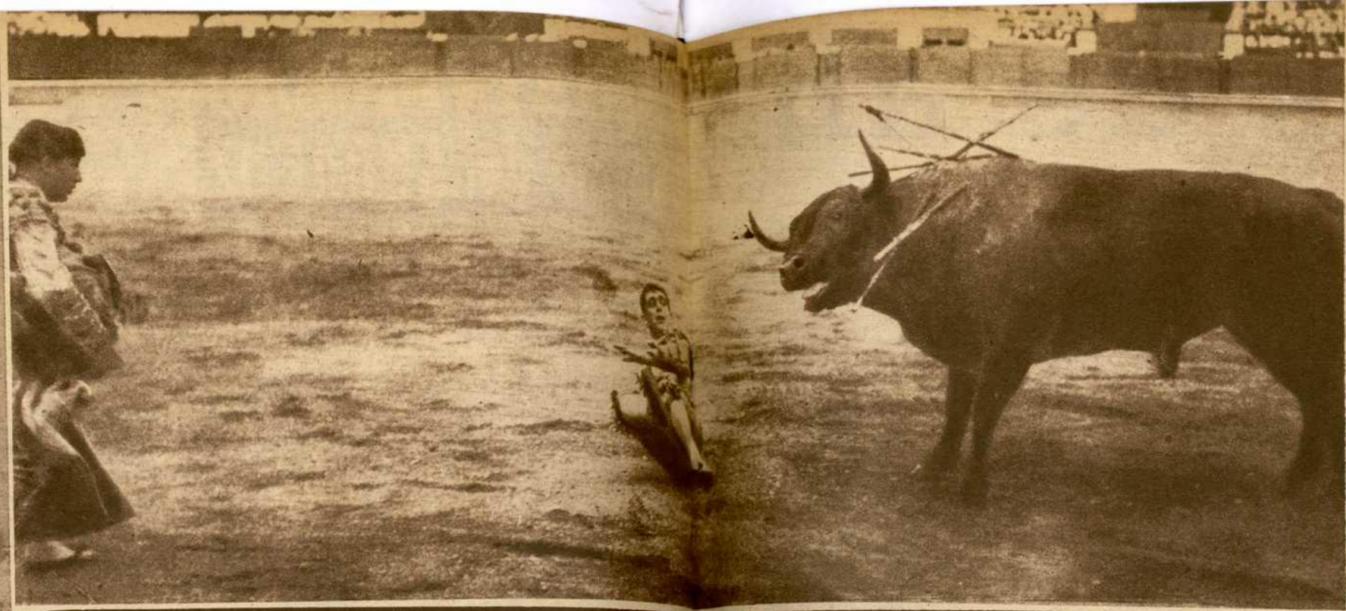
No obstante, en dicho año 1911 —campeña que se compuso de sesenta corridas— fué más endeble su trabajo, en conjunto, que en el anterior, con una jornada en Ronda, el 21 de mayo, tan desgraciada, que fué comentadísima.

Y para remate de tal temporada, sufrió en Madrid, el día 6 de octubre, un accidente que pudo ser funestísimo: un toro de Gamero Cívico le cogió al rematar un quite, le empaló y derribó violentamente, y en la caída sufrió tan fuerte golpe en la región cervical, que hubo distensión de ligamentos y alguna desviación.

La convalecencia fué larga y penosa, pues Rafael hubo de llevar algún tiempo un aparato en la cabeza para corregir la desviación mencionada, y aquel percance le impidió ir a torear a Méjico durante el invierno siguiente, como tenía proyectado.

Al comenzar la temporada siguiente se dispuso a torear sin restricción alguna, a pesar de que las circunstancias no eran para él muy propicias.

Y decimos esto, porque si en sus siete u ocho años primeros de matador de toros no tuvo rival alguno dentro de su especialidad —pues el Algabero ya actuaba en tono menor—, en los últimos tuvo a Vicente Pastor y Durán, a quien los aficionados habían puesto frente a él como a Rafael el Gallo frente a



Las estocadas de Machaquito eran generalmente fulminantes; pero también ocurrir que saliese tropicado. He aquí una fotografía en la que se demuestra gráficamente: Rafael en el suelo, el toro pronto de caer y Joselito que acude al quite

MACHAQUITO: último matador del siglo XIX

Por DON VENTURA

Bombita, y para un hombre como Machaquito, que amaba la acción tanto por la acción misma como por sus resultados y poseía en alto grado la voluntad de potencia, tanta que resultar incómodo sostener una lucha constante cuando ya declinaba su historia taurina, pues los públicos de los toros no viven bajo la magia del recuerdo y jamás pasan por alto los deslices, sobre todo cuando de figuras consagradas se trata.

Además, y según un principio nietzschiano, «para ser fuerte hay que estar solo», y Machaquito tenía esposa e hijos y era natural que no saliese a las Plazas con la despreocupación de cuando era soltero.

Refiere una anécdota —de cuya veracidad no respondemos— que en cierta ocasión, hablando de la facilidad con que algunos toreros famosos ganaban el dinero y hacían en breves años una fortuna, dijéronle a Machaquito:

—Aunque los toros llevan los billetes de Banco en el morrillo, no debe de ofrecer muchos peligros quitárselos.

—Eso es según se mire —contestó Rafael—, porque algunos se los quitan pinchándolos con la punta del estoque; y otros, como yo, los cogemos con la mano.

Verídica o inexacta, esta frase expresa claramente la tónica de Machaquito, y con ella estaba obligado a seguir hasta el final.

Como siguió en 1913, pues aunque tuvo algunas tardes malas, fueron más los éxitos que los fracasos y quedó afirmada una vez más su vergüenza profesional. Toreó doce corridas en Madrid y sumó sesenta y tres en tal campaña, que fué la última, aunque sin previo acuerdo de que lo fuese.

Comprometido por la Empresa madrileña para que el 16 de octubre diese la alternativa a Juan Belmonte, figuró en tal corrida Rafael el Gallo como segundo espada y se anunciaron para la misma seis toros de Guadalest; pero desechados por pequeños, fueron sustituidos por otros de la ganadería de Bañuelos.

Los lidiados —salieron al ruedo nada menos que once— pertenecieron a varias divisas, y además de las devoluciones al corral, hubo bichos fogueados y recias protestas.

El último toro estoqueado por Machaquito en aquella corrida histórica, llamado Lunarejo, colorado y cornalón, fué de Bañuelos, y uno de los fogueados, buey que murió de dos metisacas, media estocada en buen sitio y un descabello a la primera.

Pero herido Belmonte después de pinchar varias veces al bicho que cerró Plaza, fué rematado éste por Machaquito.

El día 19 dió Bombita su corrida de despedida, a beneficio del Montepío de Toreros, magnífica obra social fundada por él y fiesta que constituyó una efemérides memorable; Joselito había llegado al palenque para dominar en él y Belmonte llegaba trayendo auras renovadoras; se abría una nueva época del Toreo... ¿Qué tenía que hacer Machaquito? ¿Seguir dejando las pecheras de sus camisas en los pitones de los toros? Hubiera sido un insensato.

Por eso, el día 21 de octubre, hallándose en un hotel de Madrid con su familia, tuvo un arranque de nerviosidad, propio de su carácter: pidió unas tijeras y obligó a su íntimo amigo, don Clemente Peláez, a que le cortase la coleta.

Pocos toreros, como Machaquito, supieron llegar a la raíz de los sentimientos primarios de las multitudes que creen que el valor proviene del desarrollo de la viscera cardíaca y nada conceden a la selecta floración de la conciencia, a una limpia y altísima virtud espiritual.

Fué ésta la que influyó en toda la carrera taurina del espada cordobés, y para él parece escrita aquella sátira de Juvenal, que dice:

«Pide un ánimo fuerte
que no le temo morir,
y que la corta vida mire
como precioso don de
la Naturaleza.»



Animoso fué, como pocos toreros. Si tuvo defectos nada livianos manejando el capote y la muleta, y si con el estoque, su facultad capital, no era un «virtuoso» del volapié, supo, en cambio, imprimir tanta emoción a esta suerte y recetaba unas estocadas tan grandes, que, inconscientemente, se juntaban las manos de los espectadores para ovacionarle al ver con la guapeza que se jugaba la vida.

De los pocos años en que la pareja Bombita-Machaquito ejerció una hegemonía en el toreo, hemos de repetir lo que hemos dicho en nuestra obra *Historia de los matadores de toros*. Carente dicha época de una figura cumbre, la llamada rivalidad entre el sevillano y el cordobés no existió, realmente, a la manera de los tiempos de Lagartijo y Frascuelo ni a la de los de Joselito y Belmonte.

Con Bombita y Machaquito no hubo entusiasmos febriles ni partidismos enconados, y hasta que resurgieron Rafael el Gallo y Vicente Pastor y fueron puestos frente a Ricardo Torres y Rafael González, no existió la pasión taurina con las erupciones de encendido arrebató que siempre han tenido las competencias.

Dicha época, en suma, careció de fulgor y sonido, estuvo privada de aquel incendio de los espíritus sin el cual queda todo en simulacro, y, como ha dicho bien José María de Cossío, fué el «enlace de los días gloriosos de Guerrita con el aparecer deslumbrador de Belmonte y Joselito».

¿Pero qué duda cabe de que Bombita y Machaquito fueron las dos figuras más principales y señaladas durante determinado coto de tiempo, de que, al caer Fuentes, estuvieron completamente solos, hasta el resurgimiento mencionado del Gallo y Vicente Pastor, y de que mantuvieron sus prerrogativas de tales primeras figuras hasta que se retiraron?

Insistimos en que no fuimos machaquistas; pero al caer sobre la memoria las capas de polvo que traen el lento olvidar de las pasiones, y con la renovación pausada de las ideas, se llega por gradación suave a una euanimidad que nos permite ver las cosas de distinto modo que en nuestra juventud, hasta el punto de estimar las mismas por lo que entonces creíamos su reverso.

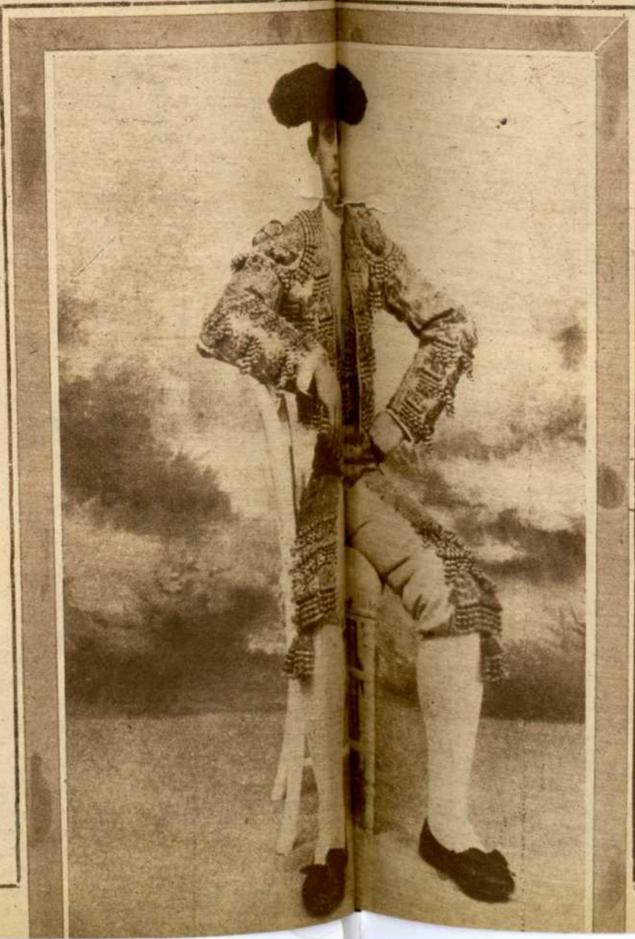
Hoy, Machaquito vive en Córdoba, en su finca de San Rafael, dedicado a la administración de su hacienda y consagrado al hogar feliz que supo crear.

Conserva Rafael aquel empaque que tuvo, y hay todavía en su silueta el nervio y el movimiento ágil que caracterizaban al torero de Córdoba. Pero está aquejado de una dolencia cardíaca, que le impide realizar la vida llena de actividades a que le impulsa su temperamento enérgico.

Por una paradoja extraña de la Naturaleza, a Machaquito, el torero, que fué en las Plazas todo corazón, ha sido el corazón lo que se le ha rendido antes...

Sin embargo, cuando pasa Machaco por la calle Gondomar, camino del Círculo de la Amistad, para tratar de una venta de granos, de una compra de reses, de una cualquiera de las actividades que ocupan a los terratenientes andaluces, su figura cenceña y su paso menudo y ágil hacen suspirar a los aficionados, que recuerdan las tardes de gloria del torero y piensan en aquellas estocadas tremebundas que daba Machaco a toma y daca, jugándose en el envite la pechera y... el corazón, que latía juvenil y valiente debajo de ella...

Rafael González, en su casa, con unos amigos, poco antes de cortarse la coleta



Machaquito, con su esposa, padrinos de boda de Ricardo Luque (Camará), su banderillero. El cordobés aun convalece de la grave herida del cuello

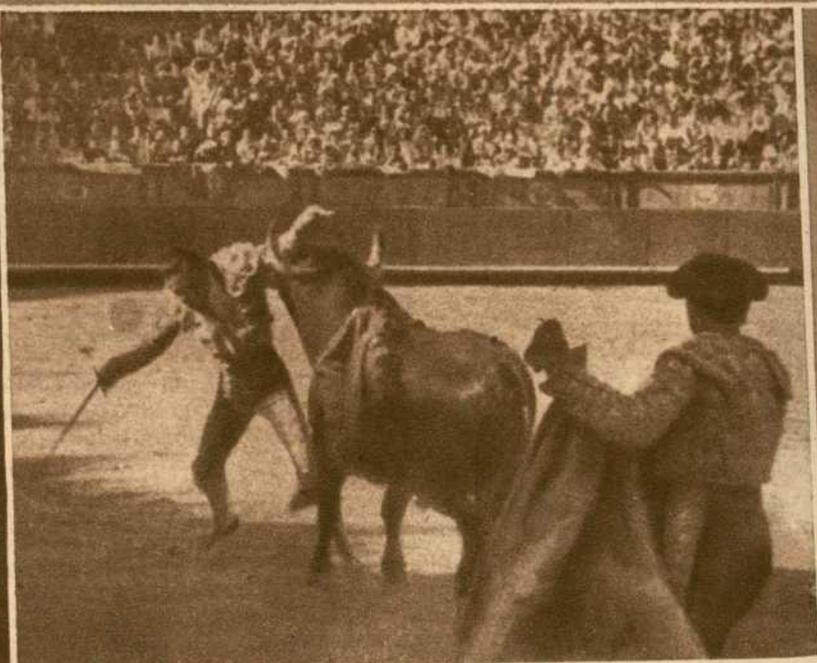


as corridas de abo

SEGUNDO CARTEL

Toros de
Antonio Pérez
Taberneró

CAÑITAS,
PEPE LUIS,
ANDALUZ
Y PEPIN

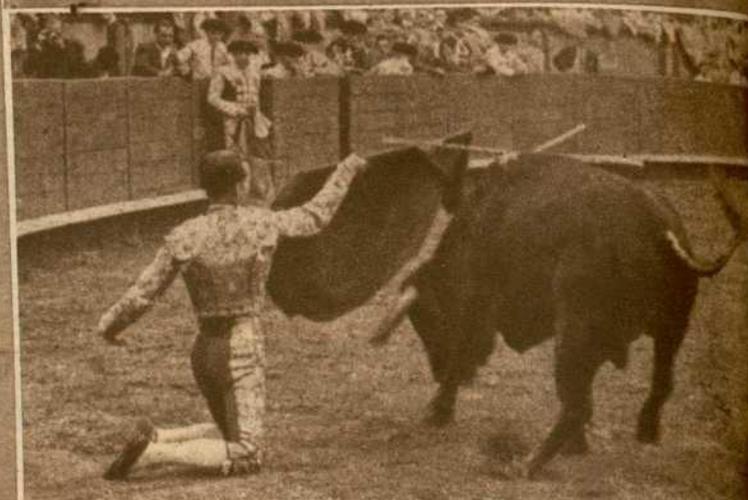


Gogida de Cañitas en su primero

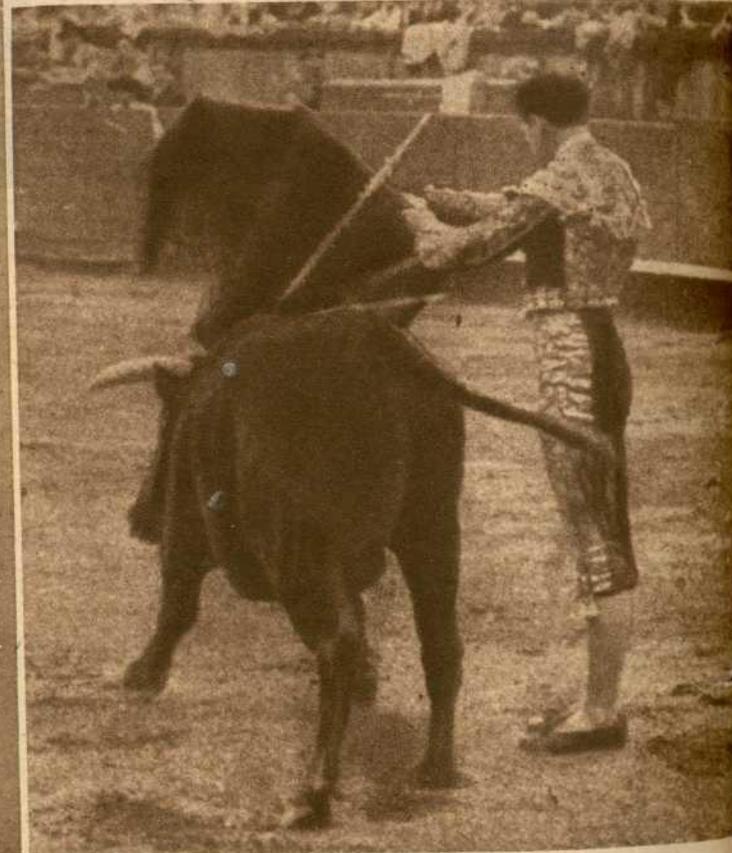


Una buena verónica del Andaluz en el tercio de quites del primero de la tarde
Un natural de Pepe Luis en la faena de muleta de su segundo toro

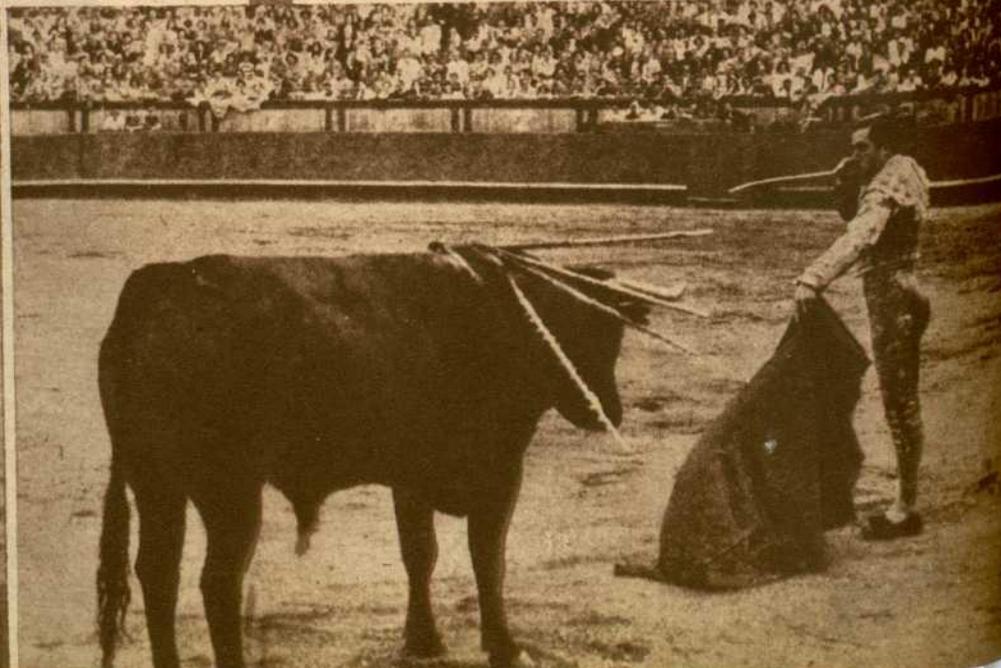
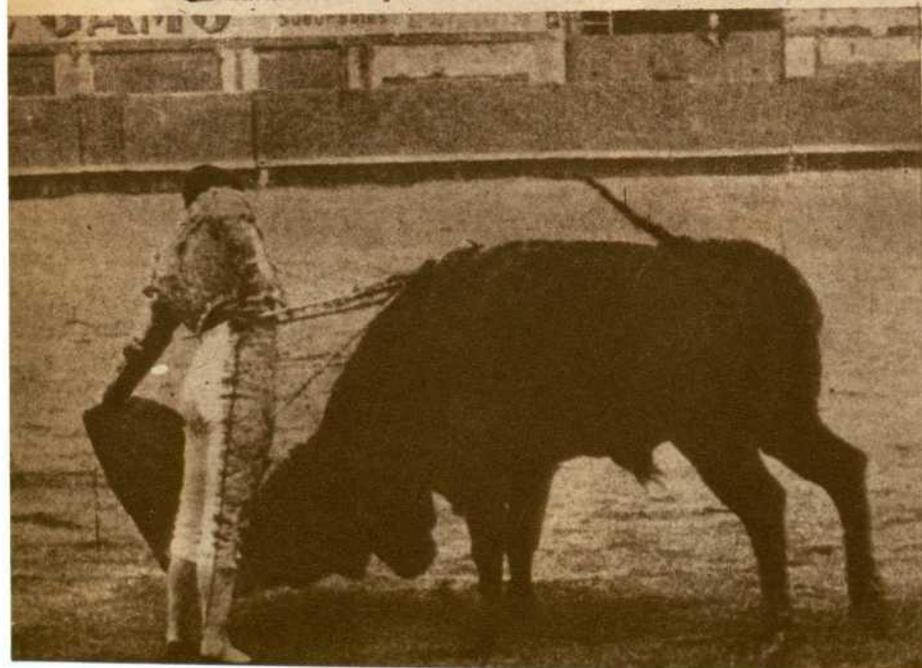
TERCER CARTEL TOROS DE GUARDIOLA



Ortega inicia de rodillas la faena a su segundo toro



Parriza comienza la faena de muleta con un pase por alto
Pepin se perfila para matar a su primero



o en San Sebastián

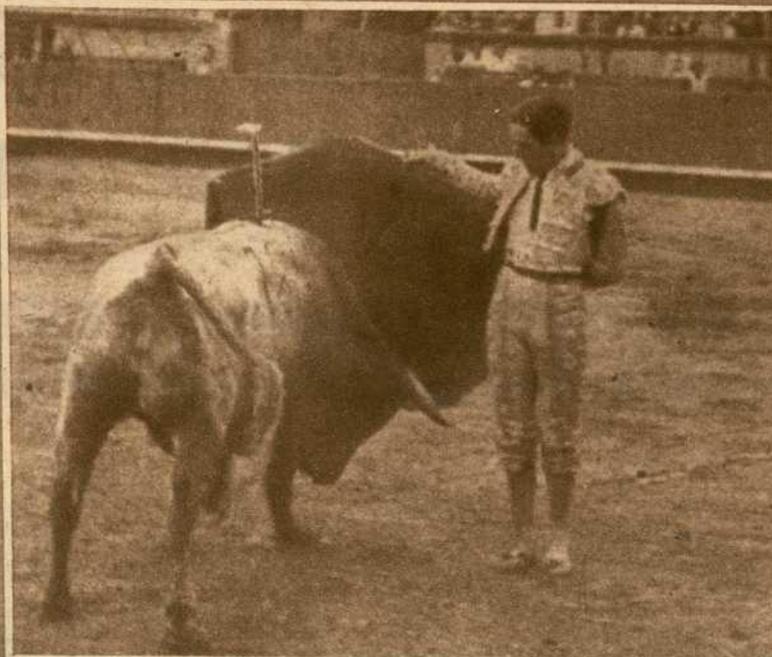
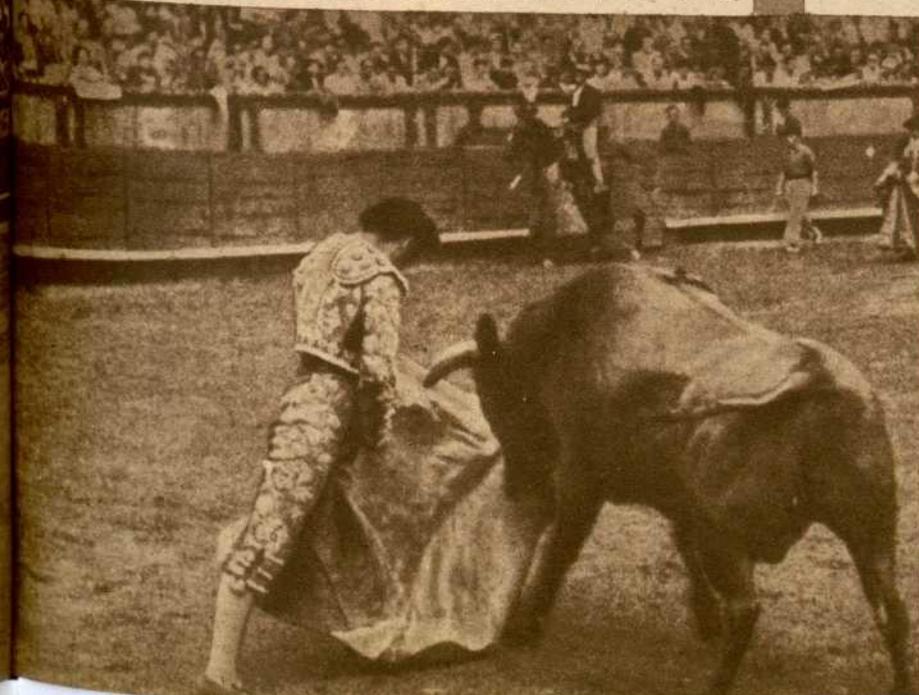
ORTEGA, PARRITA y ROVIRA



Ortega, Parrita y Rovira se lían en los capotillos de paseo



Un gran pase natural de Rovira, en el que toro y torero se confunden
Una verónica de Fermín Rivera a su primer toro (Fots. Marán,

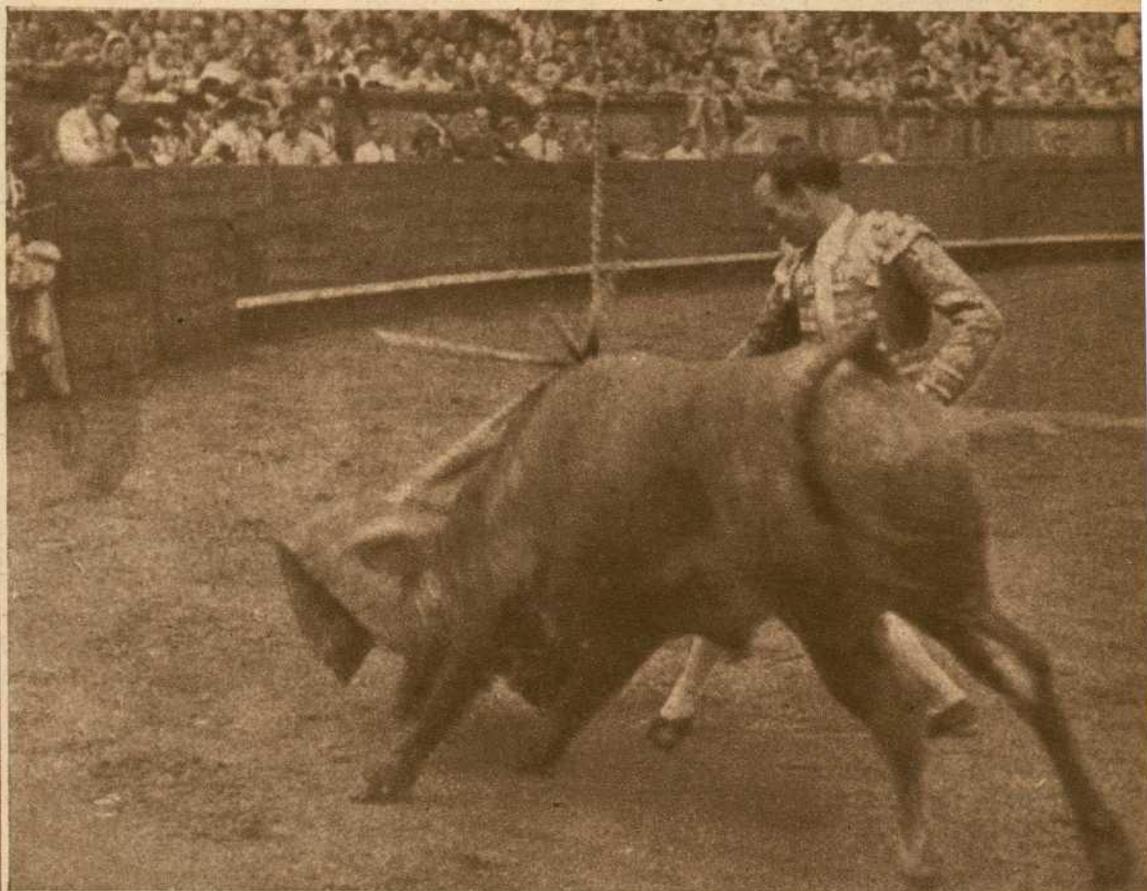


Belmonte en una ceñida manoletina

**CUARTO
CARTEL**

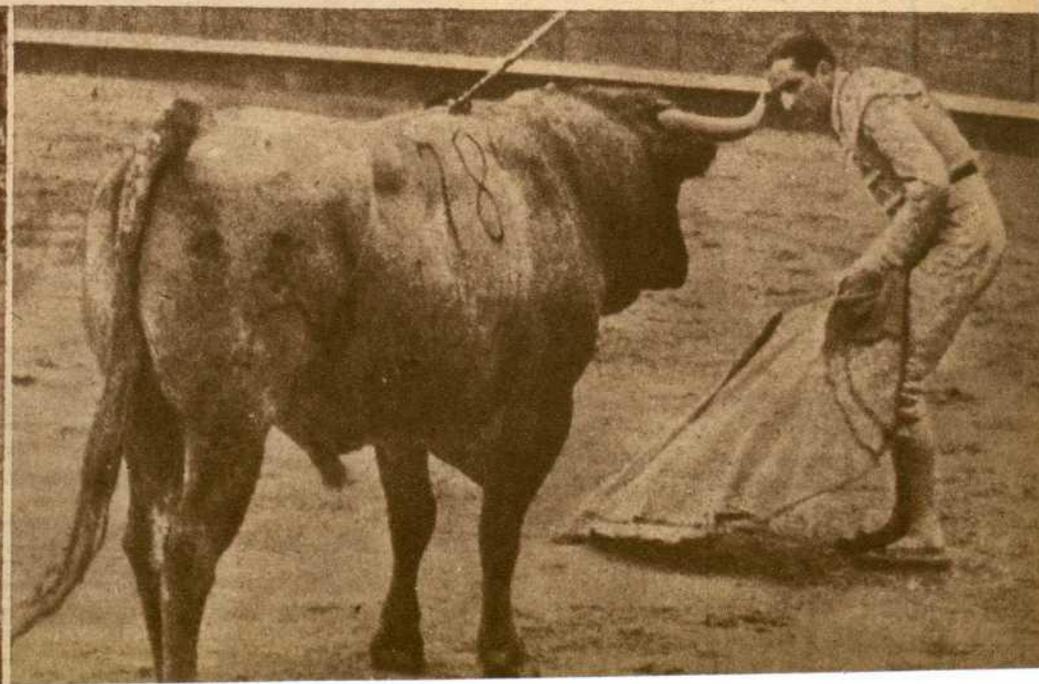
**Toros de
Pablo Romero**

**ORTEGA,
RIVERA
Y
BELMONTE**



Domingo Ortega tira del toro para sacarlo al tercio

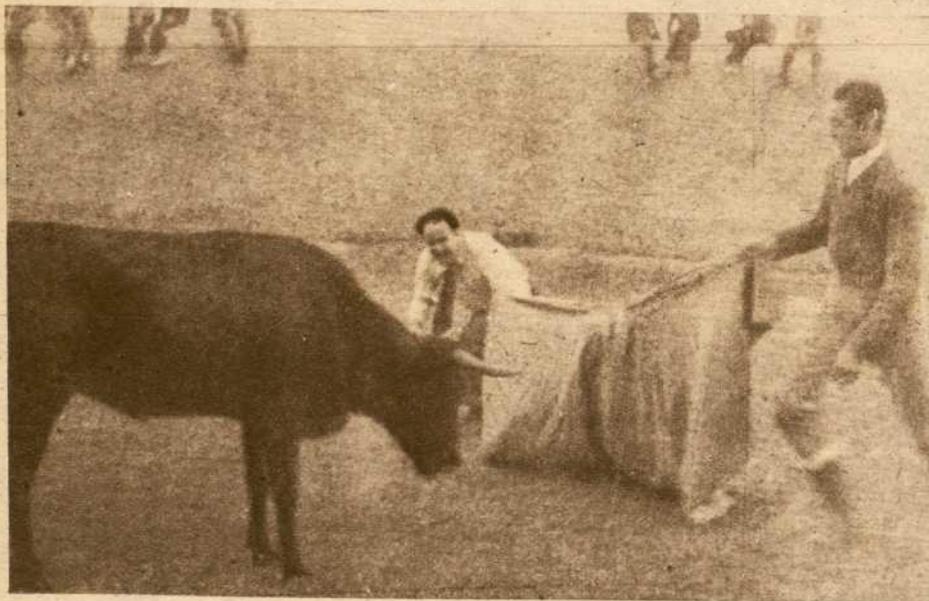
Juanito Belmonte cuadra al toro para entrarle a matar



TREINTA Y SEIS NACIONES PRESENCIAN UNA TIENTA

Un yanqui torea al alimón, un escocés comenta y una inglesa asesora

Recuerdo de una tarde histórica en Campocerrado



El vicepresidente mundial de Pax Romana, Edward Kirchner, toreado al alimón con Juan Mari Pérez Tabernero



La presidencia de honor de la tienta celebrada en Campocerrado en honor de los congresistas de Pax Romana

Se habían reunido en Salamanca representantes de 36 naciones para realizar tareas teológicas: dar cima al XIX Congreso Mundial de Pax Romana, bajo la presidencia del español don Joaquín Ruiz Jiménez y la presencia de numerosas jerarquías eclesiásticas.

Una de aquellas tardes —tarde de domingo, llena de sol y con olor de trigos en sazón— fueron los congresistas invitados a una fiesta campera. No es vulgar entelequia la tan traída y llevada hidalguía de los camperos charros. Allí se hizo patente una vez más, en la persona de Atanasio Fernández, que abrió su finca, desfloró sus jardines, ofreció sus vaquillas y prestó la grandeza de sus encinas para que los de fuera se pudieran llevar una visión exacta de la riqueza natural de España.

Pocas veces una tienta de vacas tuvo tan honda importancia ecuménica y pocas veces reunió en torno suyo un público tan apto para el impresionismo. Se mezclaban los idiomas sobre la cabeza de los «toreadores» en piropos que querían decir «¡ole!», y lo decían al fin con el desgarbo de lo traducido.

A nuestro lado, una inglesa que ya estuvo en España, explica a una compañera canadiense el significado y sentido de la tienta. Un poco más allá, un profesor escocés comenta con un muchacho mejicano los avatares de la extraña fiesta. Bajo la presidencia asoma la cabeza rubia de una muchacha colombiana que quiere ver los to-



Centenares de congresistas extranjeros circundan la placita de Campocerrado (Fotos Horna)

ros desde cerca, pero en lugar seguro. Y allá lejos, en círculo que corona las tapias de la Plaza, centenares de gentes de todos los países y docenas de Leikas que repartirán más tarde por el mundo la alegría de nuestras costumbres.

De pronto, un gran murmullo se extiende por la Plaza: ha bajado al centro del anillo Edward Kirchner, vicepresidente mundial de Pax Romana, yanqui de nacimiento y español

por sandunga, que, sonriente y heroico, se dispone a torear una vaquilla. Está al quite Juan Mari, que le aconseja torear al alimón. El aviso prudente es escuchado, y una ovación rotunda pone fin al arriesgo del espontáneo, que resurge del lance sin erosiones de consideración.

En lo alto de la Plaza, Atanasio sonríe contemplando la fiesta, con esa amplia sonrisa, rúbrica de su firma y airón de su

persona. Es feliz con la felicidad de los demás y goza con el susto de los que se imaginan al toro bailarín saltando a los tendidos. Por fortuna no ocurre nada de eso. Las vaquillas son bravas, pegan fuerte, pero no pueden salirse del anillo. Cuando los huéspedes llegan a esta conclusión —ya casi terminada la corrida— la sonrisa de Atanasio es más amplia, porque es mayor la alegría de todos.

Una gran procesión con la Virgen morena de la Peña de Francia ha tenido lugar antes de la corrida. La han ofrendado frutos de la tierra, típicos bailes y palomas simbólicas. Después de ver los toros, las treinta y seis naciones en la persona de sus representantes, se han reunido a cenar, a la luz de la luna, cabe el frescor de las encinas viejas, en forma patriarcal, como pastores de universal rebaño, o como hermanos de una inmensa familia...

Se comenta en voz alta la anécdota taurina. Se ofrecen jarras de vino castellano al buen Kirchner, que se sintió torero. Hay canciones en todos los idiomas, que se quedan prendidas en el encanto de la meseta verde... Parece el auténtico sueño de una noche de verano, que no volverá a manifestarse con tanta esplendor, porque ha sido preciso que se reunieran para hacerlo visible el solsticio de la noche de San Juan, un Congreso de traza universal, un escenario natural imponderable y un espíritu charro sonriente...

JOSE JUANES



SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

ANTES DE COMPRAR UNA CAJA, PIDA CATALOGO A LA FABRICA MAS IMPORTANTE DEL RAMO

ARCAS GRUBER S. A.

BILBAO

EL DOCTOR VALLEJO NAJERA

opina de toros como aficionado y como hombre de ciencias



NADA menos que con un psiquiatra ilustre hemos sostenido hoy nuestra charla taurina. El doctor Vallejo Nájera ha escrutado la lidia a través de su lente científico; después, lo ha hecho a través del de

cualquier aficionado; tras un breve estudio —nuestras preguntas directas no le daban lugar a más— silencioso, de sus dos puntos de vista, nos ha contestado:

—¿Qué opino de las corridas de toros? La verdad es, que como el maestro Lasalle, creo que me divierto en todas las corridas.

—¿Profesionalmente?

—También. Es interesante el espectáculo de las Plazas de Toros para estudiar la psicología individual y de las multitudes. En los espectadores inmediatos puede observarse una actitud psicológica ante el espectáculo, el torero, los toros... y las personas que los rodean. Existe el tipo del aficionado «enterado», el «discreto», el «entusiasta», el «displicente», etc. Las peñas de «catedráticos» son divertidísimas, especialmente por sus comentarios: me los figuro como jugadores de mus, que se entienden con medias palabras o señas, pero que se apuntan sus amarracos.

—¿Conserva usted una impresión clara de la primera corrida que presencié?

—No; era entonces muy niño. Sin embargo, recuerdo bien dónde fué y quiénes toreaban: Plaza, la de Valladolid; matadores, Guerrita y Fuentes... Los primeros novilleros a quienes vi, también en Valladolid, fueron Lagartijo y Machaquito. Y el primer rejoneo, en el año cuatro. Recuerdo que el rejoneador era un coronel de Caballería que se llamaba Gavilán.

—¿Qué es lo más desagradable que ha visto usted en sus años de espectador y aficionado taurino?

—Una cogida, en Barcelona, durante una novillada. No recuerdo el nombre del novillero desafortunado. Lo más agradable lo vi en la Plaza de la Barceloneta: Chicuelo, completamente solo, mató seis toros, y en todos le dieron oreja. Y, desde luego, las más apoteósicas tardes que he visto desfilar en mis tiempos de aficionado constante han sido

las del Gallo, cuando se le llamaba el Divino.

—¿Su opinión sobre las espectadoras de toros?

—He dicho más de una vez que las diferencias entre los sexos son cuantitativas, no cualitativas, y esto puede comprobarse particularmente en las reacciones femeninas en los toros.

—Como a usted le será esto muy fácil, hágame un ligero bosquejo psicológico del torero.

El doctor Vallejo Nájera nos dedica esa sonrisita desconcertante que tienen todos los profesionales de cualquier materia, científica o no, cuando un profano se introduce, con preguntas o insinuaciones, en el campo de sus dominios. ¡Pues, señor! La respuesta llega a nosotros sutil, complaciente y fácil.

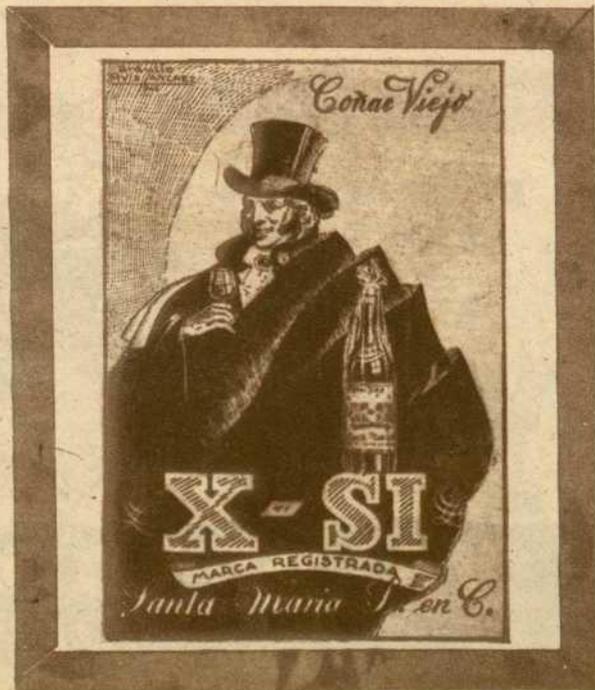
—Desde el punto de vista de mi especialidad es muy interesante la psicomotricidad del torero, del lidiador, que, con un simple movimiento de la muñeca, ejecuta una suerte que, equivocada, puede costarle la vida. El conocimiento de las reacciones reflejas del toro, desde el punto de vista de la Psicología conductista, es interesantísimo y necesitaríamos un investigador que las estudiase, como hizo Koehler con los monos en Canarias. Independiente de mis aficiones tauromáquicas, voy a los toros como voy a una clínica psiquiátrica o a un gran laboratorio de investigación psicológico, aunque no siempre «sepa ver» ni aproveche todas las enseñanzas.

—¿Qué le parece la actual crítica taurina?

—Buena. El crítico de toros que más me gusta es Felipe Sassone... Una advertencia se me ha olvidado hacerla. Pero aun es tiempo.

—¿Es grave, doctor?

La pregunta no puede ser más apropiada. El ambiente nos ha influido, y si seguimos así, la interviú se convertirá en una consul-



ta que, tal vez, nos sea muy necesaria, dada la especialidad de nuestro interlocutor.

—Relativamente. Tratándose de este caso, lo más seguro es que sí. La verdad: que yo no entiendo de toros, y que mi opinión acerca de tal materia es casi seguro que carezca de valor.

—Permitame dudar de su sinceridad. Usted es aficionado, habla de toros y... Pero, bueno, sobre todo, usted tiene un motivo poderoso para poder opinar de toros: ha nacido en España.

—También fuera de nuestro país hay quien habla de la fiesta. Pero lo hacen de otra forma. Los alemanes dicen de ella que es una fiesta muy romántica.

—¿En qué lugar de España cree usted que hay más afición y se dan mejores corridas?

—En Madrid, ¡qué duda cabe!, y con mucha diferencia a su favor sobre todas las provincias españolas.

—¿Cuál, entre los toreros modernos, le gusta más?

—Todos; no quiero declarar públicamente predilecciones de ninguna clase; ¿para qué? La misma discreta táctica sigo con los antiguos, y es que, en realidad, las primeras figuras de los carteles taurinos son todas buenas. El toreo, como he dicho antes, me parece siempre divertido e interesante, se juzgue desde el punto de vista que se quiera. Como deporte, es bello y útil. Si el toreo fuese un deporte tan accesible como el tenis o el golf, tengo la seguridad de que sería el más adecuado para educar a la juventud y desarrollar la personalidad, pues en ningún otro se desarrolla la sangre fría, el dominio del yo, la verdadera camaradería, como en el toreo...

LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA DE SEVILLA



Pedro Romero

de 1.^a Espada y como no tratanninguno mas que de quitar el toro de late sea como sea no se puede ac er Carrera con ellos, mañana 11 bienen diez toros se torearán 8 y se mataran 4 qe los matara Monge, de lo que ocurra le dare a V. S. abiso, a qui anbenido dos muchachos de Madrid qe los compadesco por su inutilidad y por qe tienen qe bregar con esta canalla estos mozos creyeron qe esto estaba bajo el pie que debe estar ise an equibocado por qe en el infierno que se ubiera puesto esta escuela hubiera podido producir algo mas, aqui lo encuentro muy dificil por qe yo no creo qe pueda enseñar nadie a otro, si ellos creen qe saben mas qe aquellos qe los dirijen, esto se está sosteniendo porque como es cosa qe S. M. amandado, por no decir qe no se ase nada se esta sosteniendo pero nada qe se parezca a enseñanza tiene, aqui estubo Mera (1) para hacer una contrata con el Sr. Asistente de ochocientas y picos de rez es qe se necesitaban para el año y entraron en contestar iores ligeras nada se izo nise ara porque todos son contra el establecimiento, una de las cosas principales qe debia aber aqui era que ninguno de los discipulos que estan notados fueran atorear aringuna parte asta qe no se les dijera, ya pueden Vdes ir y es alcontrario de qe cuanto acen va salen por esos lugares, de formar qe algunos dias no abido mas qe el muchacho de Costuras y ese no asalido porqe yo no equerido qe tambien se lo querian llevar, lla le abra dicho a V. S. el Sr. Pedro que se

aeste su atento y S. S. S. Q. S. M. B. Gerónimo Jose Candido —P. D. Suplico a V. S. recébe esta especies.»

Como se ve, la epistola no puede ser más defectuosa y desordenada, por que el escribiente —llamémosle así— un mismo vocablo lo consigue bien en un lugar y mal en otro, y respecto a la puntuación maldito el caso que hace de ella.

Respecto al fondo de la carta, me asalta la sospecha de que Cándido extrema sus censuras para la Escuela porque acaso no se habia curado del disgusto que le produjera que después de estar nombrado director, fuera revocado su nombramiento ante la justa y razonada reclamación de Pedro Romero. Sin embargo, en lo que tiene

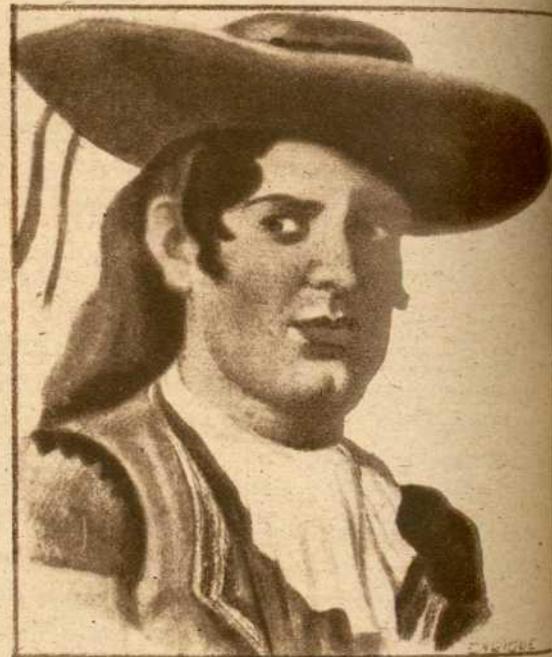
ASUNTOS particulares obligaron al gran Pedro Romero, director de la Escuela, a marchar a Ronda en los primeros días de agosto de 1831. Quedó sustituyéndole interinamente Jerónimo José Cándido, subdirector de aquel singular establecimiento docente, con el encargo de informar con frecuencia al conde de la Estrella de cuantos incidentes fueran dignos de mencionarse. Para cumplir la consigna dirigió al prócer madrileño, durante la ausencia del jefe, siete cartas que conservo en mi archivo. Están escritas en letra y sintaxis deplorables; pero hay que reproducirlas fielmente para que no pierdan su autenticidad. No me explico el porqué Cándido no las trazó de su puño, puesto que en la firma se ve que lo hacía con claridad y no como el amanuense, que no pudo estar peor elegido. Dice así la primera en el orden cronológico: «Sevilla y Agosto 10 de 1831. Señor Conde de la Estrella, celebraré que V. S. se mantenga sin novedad, yo quedo para lo que V. S. guste mandarme con motivo de haberse ido el Sr. Pedro, y haberme dejado el encargo escriba a V. S. todos los pormenores de la plaza de tauromaquia, digo a V. S. como ayer 9 ubo 4 toros, se mataron 3 por qe el otro fué manso los mató Antonio Montaña alias el Fraile, los que mató muy mal, porque no hay forma que ninguno se pare, este mozo había benido de Granada de torear 4 Corridas de toros

Jerónimo José Cándido

Autógrafo de Jerónimo José Cándido

tergo que participar a V. S. y solo deseo mande

(1). No he logrado saber a quiéense refiere.



Jerónimo José Cándido

relación con la enseñanza taurina, opinó como el diestro de Chiclana. La Escuela, por multitud de razones, no podía llenar los fines para que fué creada, y por eso dió tan escaso fruto.

Lo que resalta en esta misiva, como en otras del mismo autor, es el respeto que inspiraba Romero todos los lidiadores, porque siempre le llamaban el señor Pedro, y en cambio éste, en su copiosa correspondencia con el conde de la Estrella, que toda la poseo, nombra unas veces Gerónimo y otras el Cándido.

Cuanto más studio la historia del toreo (con espada y muleta) que arranca en el primer tercio del siglo XVIII, más me convence de que hasta ahora no ha habido figura que iguale al severo, valeroso y clásico matador rondanés. Fué durante su vida gestor indiscutible e indiscutido de la torería, y los que osaron competir con él —Pepe Hillo, Costillares, Francisco Garcés, Juan Conde y Bartolomé Jiménez— siempre fueron derrotados.

MATALIO RIVAS

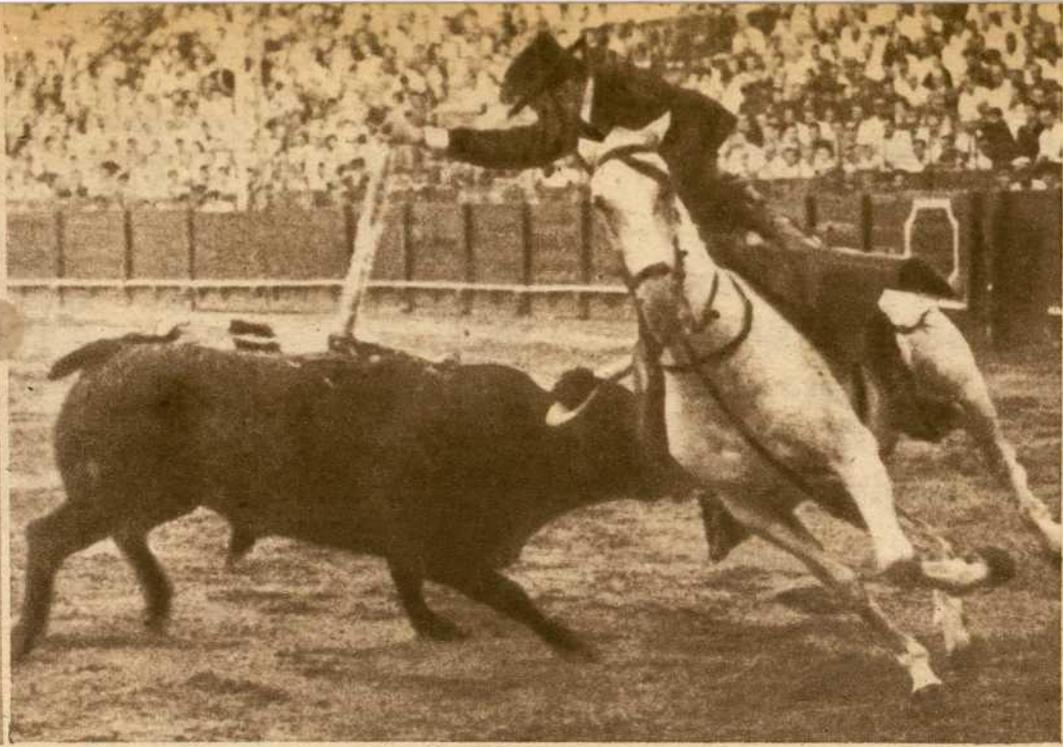
De la Real Academia de la Historia

XEREZ-QUINA

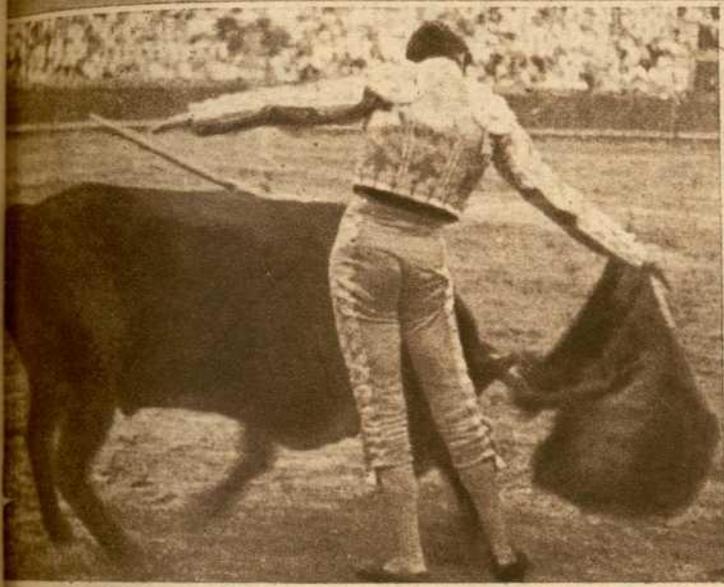
EL APERTIVO QUE TOMA TODO EL MUNDO

VALDESPINO JEREZ

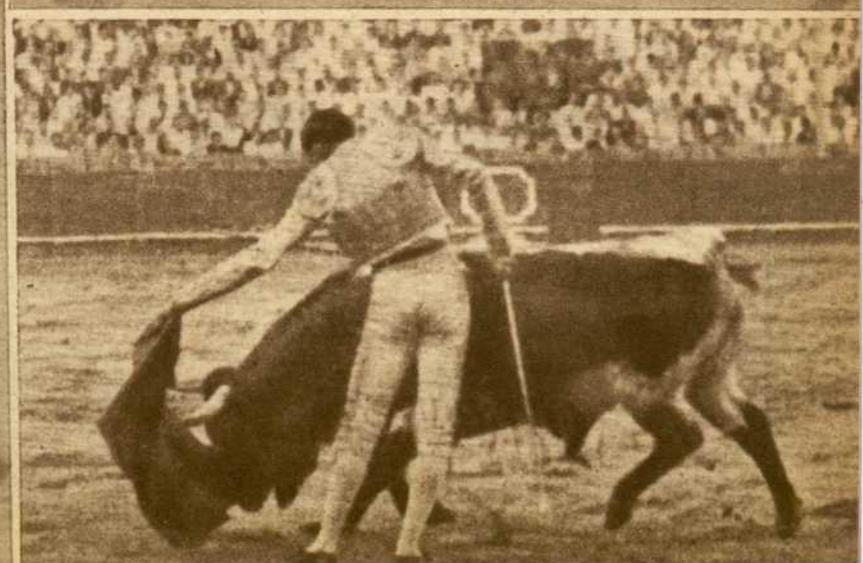
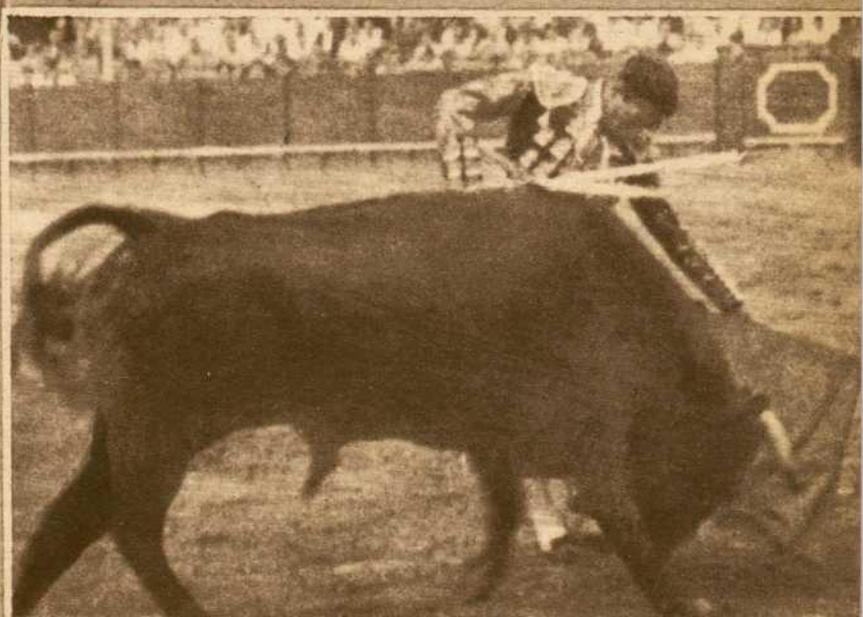
LA CORRIDA DE LA PRENSA EN SEVILLA



Un toro de
Guardiola y
seis de Manuel
González, para
Pepe Anastasio,
Armillita,
Gitanillo
y Luis Miguel



La corrida de la Prensa sevillana, ha revestido la máxima categoría, Pepe Anastasio, Armillita, Gitanillo de Triana y Luis Miguel Dominguín se han encargado de que así fuera. El público, como premio a la labor de los tres espadas, al terminar la corrida, después de pasearlos en hombros, los sacó de esta forma de la Plaza. Damos en esta página el reportaje gráfico, en el que se ve arriba al joven rejoneador Pepe Anastasio, colocando un par de banderillas. Debajo, y a la izquierda, figura n: Luis Miguel Dominguín en un templeado derecho; Gitanillo de Triana toreando a la verónica a su primer toro, con el arte que hizo famoso su apellido, y otra vez a Luis Miguel toreando al natural a su primer enemigo.—A la derecha, de arriba abajo: Armillita en un natural, en el que el toro va bien embarcado en la muleta; Gitanillo de Triana, también toreando al natural, y el mejicano en otro buen muletazo con la izquierda



(Fots. Arenas)

POR ESPAÑA Y PORTUGAL

Muerte del novillero mejicano Eduardo Liceaga.—Fué cogido en San Roque y falleció en Algeciras.—El torero cómico Jesús Murciano murió en el ruedo de Játiba a consecuencia de una angina de pecho

Nueva Plaza de Toros en La Bañeza

EL jueves, día 15, festividad de la Asunción, hubo corridas de toros en San Sebastián, Gijón, Sevilla y Guijuelo, y varias novilladas.

En San Sebastián se corrió la segunda de feria, con toros de Antonio Pérez. Pepe Luis Vázquez, bien en uno y colosal en el cuarto, del que cortó la oreja. Cañitas, regular y bien. Andaluz, bien y muy bien. Pepín Martín Vázquez, oreja en los dos.

—Primera de feria en Gijón. Cinco toros de doña Carmen de Federico y uno de Arranz. Ortega, regular y bien. Arruza, ovación y orejas y rabo. Parrita, bien en los dos.

—Corrida de la Prensa en Sevilla. Un toro de Guardiola, dos de Guadalest y cuatro de M. González. Armillita, orejas en los dos. Gitanillo de Triana, orejas en uno y ovación en otro. Luis Miguel Dominguín, orejas en uno y ovación en otro. Pepe Anastasio, muy bien. Los tres espadas y el rejoneador salieron en hombros.

—En Guijuelo se lidiaron toros de Huberto Pérez Tabernero. Julián Marín, muy bien. Angelete cortó una oreja.

—En Madrid. Novillos de don Manuel y don Ildefonso Marañón. Luciano Cobaleda, regular en uno y bien en otro. Cagancho, hijo, mal. José Antonio Mora, mejicano, que, como Cagancho, hacía su presentación, vuelta.

—En Barcelona. Novillos de Samuel Hermanos. El resto al ruedo en uno y bien en otro. Joneador Balañá, bien. Bobredo, ovación en los dos. García, aplausos y ovación. Agudo, vuelta al ruedo en uno y ovación en otro.

—En Albacete. Novillos de Dasí. Fernando Tovar, regular. García Valenciano, bien y regular.

—En Aguilafuente. Reses de Torres. Pepe Luis Dorado cortó cuatro orejas y dos rabos y salió en hombros.

—En Orihuela. Novillos de Casado. Emilio Escudero, bien. Litri de Cádiz, cumplió. Manuel Vicente cortó orejas y rabo.

—En Alhendralejo. Novillos de Albaserrada. Conchita Cintrón cortó orejas y rabo. Manuel Navarro, muy bien. Juanito Bienvenida cortó las orejas y el rabo del quinto. Lagartijo, bien.

—En Cantillana cortaron orejas Eduardo Liceaga y Gallisteo, que lidiaron dos novillos de Anastasio Martín, y otros dos de Juan José Cruz.

—En Hellín. Novillos de Azpinoy. Niño de Valencia, oreja. Torrecillas, orejas, rabo y pata.

—En Alfaro. Novillos de Domecq. Niño de la Palma, bien y mal. Vito, orejas en uno y ovación en otro. Chaves Flores, bien y ovación.

—En El Espinar. Novillos de Fermín Sanz. Sergio del Castillo, bien. Alfonso del Toro, orejas.

—En Tomelloso. Novillos de Eugenio Ortega. Mariano Guerra, ovacionado. Juan Tarré, orejas y rabo.

—En Torrelavega. Novillos de Sánchez. Beatriz Santullano, bien. Paço Muñoz, ovación en uno y oreja en otro. Pablo Lalanda, regular y muy bien.

—En Caldas de Rainhe (Portugal). Toros de Gama. Los rejoneadores—Nuncio y Rodrigues, muy bien. El español Armillita, ovacionado. Diamantino Vizéu, bien y vuelta al ruedo.

—En Miraflores de la Sierra. Novillos de Arroyo. Petrucho de Canarias cortó las dos orejas y el rabo en uno y fué ovacionado en otro.

—En Cenicientos. Novillos de Enrique García. Mariano Guerra cortó dos orejas y rabo y salió en hombros.

—El viernes, día 16, se corrió la tercera de feria en San Sebastián. El ganado, de Salvador Guardiola, mansurrón. Ortega estuvo bien en los dos toros. Parrita oyó aplausos. Rovira, bien en el tercero, cortó la oreja del sexto, que había sido fogueado.

—Se suspendió, por lluvia, la cuarta corrida de feria en San Sebastián.

—En Gijón se celebró el sábado, día 17, la segunda de feria. Toros del Conde de la Corte. Pepe Luis Vázquez, ovación y saludos, y ovación y vuelta. Pepín Martín Vázquez, aplausos y dos orejas. Rovira, ovación y vuelta, y dos orejas y rabo.

—En Cazalla de la Sierra se corrió el sábado la novillada de feria, con ganado de Pérez Centurión. Eduardo Liceaga, ovación y petición de oreja, y ovación y dos orejas. Vito, dos orejas y rabo, y ovación y vuelta. Manolo González, ovación y oreja, y aplausos.

—En Camarena. Novillos de Ortega. Beatriz Santullano, muy bien. Alfonso del Toro cortó orejas y salió en hombros.

—El novillero Cafi za res cortó orejas en Perales de Tajuña.

—El domingo, día 18, fué mortalmente herido en la Plaza de San Roque el novillero mejicano Eduardo Liceaga. Había dado unos muletazos con la derecha al primer novillo, como los restantes lidiados de la ganadería de Concha y Sierra, cuando, al ir a cambiarse de mano la muleta, fué empujado por la espalda y arrojado al suelo. Lo recogió el novillo, lo caló por la entrepierna y, después, volvió a arrojarlo al suelo. Fué asistido en la enfermería y trasladado después al Hospital Militar de Algeciras. No pudo ser operado porque, por dos veces, sobrevino el "shock" traumático. Después de recibir los Santos Sacramentos, falleció a las diez y media de la noche. Liceaga tenía diecinueve años. Llegó a España el 5 de abril de 1945, con su madre y su hermano David, y proyectaba volver a Méjico este año, después de tomar la alternativa.

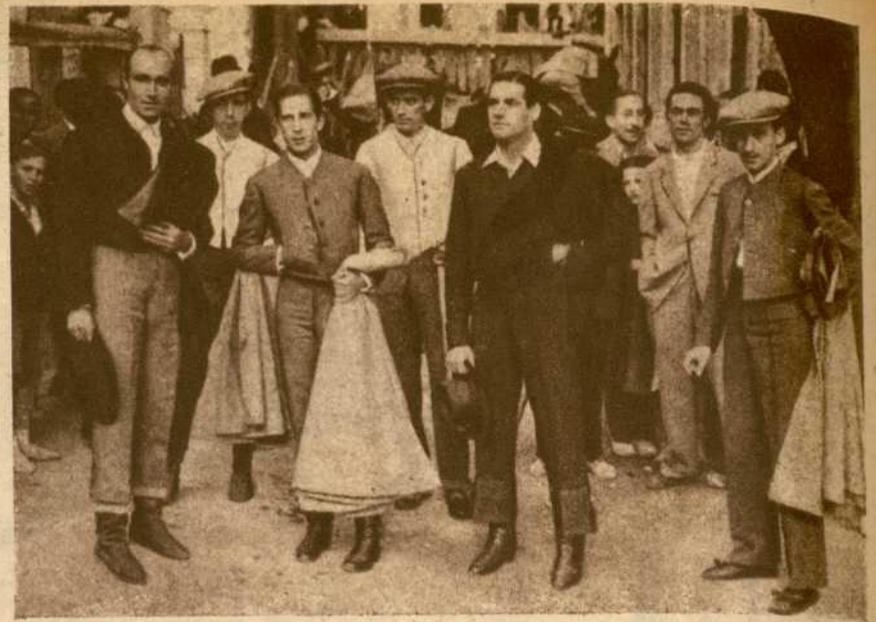
La novillada de San Roque fué despachada por Vito, que oyó aplausos en el primero, cortó la oreja del segundo y dió la vuelta al ruedo en el quinto, y Chaves Flores, que dió la vuelta en el tercero y en el cuarto y fué ovacionado en el sexto.

—En Toledo. Un toro de Galache y seis de Manuel González. Alvaro Domecq, oreja. Luis Miguel Dominguín, oreja en el primero, vuelta en el tercero y orejas y rabo en el quinto. Parrita cumplió en el segundo, dos orejas y rabo en el cuarto y oreja en el sexto. Los dos espadas salieron en hombros.

—En Santander. Toros de doña Carmen de Federico. Arruza, aplausos en uno y vuelta en otro. Andaluz, oreja en uno y ovación en otro. Lorente, vuelta en uno y ovación en otro.

—En San Sebastián. Toros de Pablo Romero. Ortega, regular y breve. Rivera, aplausos y regular. Belmonte, regular y ovación.

—En Gijón. Toros de Antonio Pérez. Conchita Cintrón, bien. Armillita, regular y bien. Pepe Luis Vázquez, muy bien y bien. Pepín Martín Vázquez, bien. Al termi-



Cobaleda, Alipio Pérez Tabernero y Mario Cabré, que tomaron parte en el festival de Miraflores



Gallito, Manolo Martín Vázquez, Angelete y Juan Mari Pérez Tabernero, con las señoritas que presidieron el festival celebrado en El Escorial

nar la corrida, el público manifestó su desagrado por las pésimas condiciones de los toros.

—En Barcelona. Toros de Domecq. Manolo Escudero, breve y bien. Julián Marín, oreja y ovación. Juan Estrada, vuelta y aplausos.

—En Madrid. Novillos de Concha y Sierra. Balderas, muy bien y regular. Corona, bien. Honrubia, mal.

—En Valencia. Novillos de Conradi. Catalán, mal y vuelta. Manuel González, oreja en los dos. Juanito Bienvenida, cumplió.

—Se inauguró la nueva Plaza de La Bañeza. Novillos de Zaballos. Manolo Serrano y Juan Zamora cortaron orejas y rabo.

—En Ciudad Real. Toros de Víctor y Marín. El rejoneador Pepe Anastasio fué ovacionado. Cañitas, palmas en uno y oreja en otro. Antonio Bienvenida, vuelta en uno y aplausos en otro. Rovira, protestas en uno y aplausos en otro.

—En Córdoba. Novillos de Enriqueta de la Coba. Moya, bien. Joselete cortó orejas y rabo y salió en hombros.

—En Palma de Mallorca fueron aplaudidos Fuentes, Gabriel Perleás y Alejandro García.

—En Sanlúcar de Barrameda. Novillos de Enrique Calderón. Gorduncho, Ramón Cervera y Juan Ordóñez. Niño de la Palma, fueron aplaudidos.

—En San Lorenzo del Escorial se celebró un festival taurino a beneficio del Ropero de la Catequesis. Novillos de Cembrano. Gallito, mal. Manolo Martín Vázquez, vuelta al ruedo y salida a los medios. Juan Mari Pérez Tabernero, ovación y salida al tercio. Angeleta, palmas.

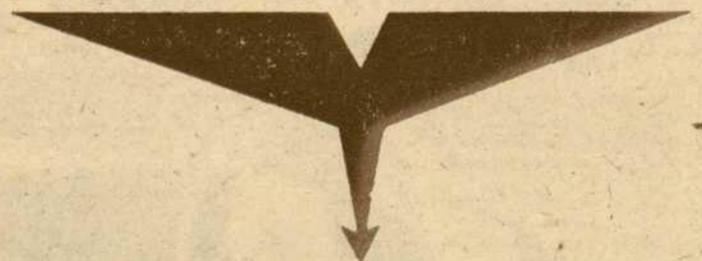
En Miraflores de la Sierra. Festival. Novillos de Arroyo. Mario Cabré, dos orejas y rabo. Luciano Cobaleda, dos orejas y rabo. Alipio Pérez Tabernero, dos orejas y rabo. Cabré y Pérez Tabernero fueron sacados en hombros.

—Novillada de feria en Amposta. Reses de Villita. El Alferez, Juan Tarré y Farolillo cortaron orejas y rabos y salieron en hombros.

—En Játiba falleció, cuando estaba toreando, a consecuencia de una angina de pecho, el lidiador cómico Jesús Murciano (El Cochero-torero). Murciano deja viuda y tres hijos.

—El lunes día 19, primera de feria en Bilbao. Toros de Murube. Pepe Luis Vázquez, ovación y ovación, vuelta y petición de oreja. Andaluz, dos orejas y rabo, y ovación. Pepín, división y silencio.

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

EL DESTINO MANDA...

Un traje grana y oro llevaba el primero de los Fabrilo la tarde en que fué cogido mortalmente en la Plaza de Toros de Valencia. Y ese mismo traje grana y oro llevaba su hermano el día en que, en la misma Plaza, recibió la cornada que le llevó al sepulcro.

Sino trágico de los Fabrilo, marcado en ese traje grana y oro, cosido con hilos de leyenda maldita.

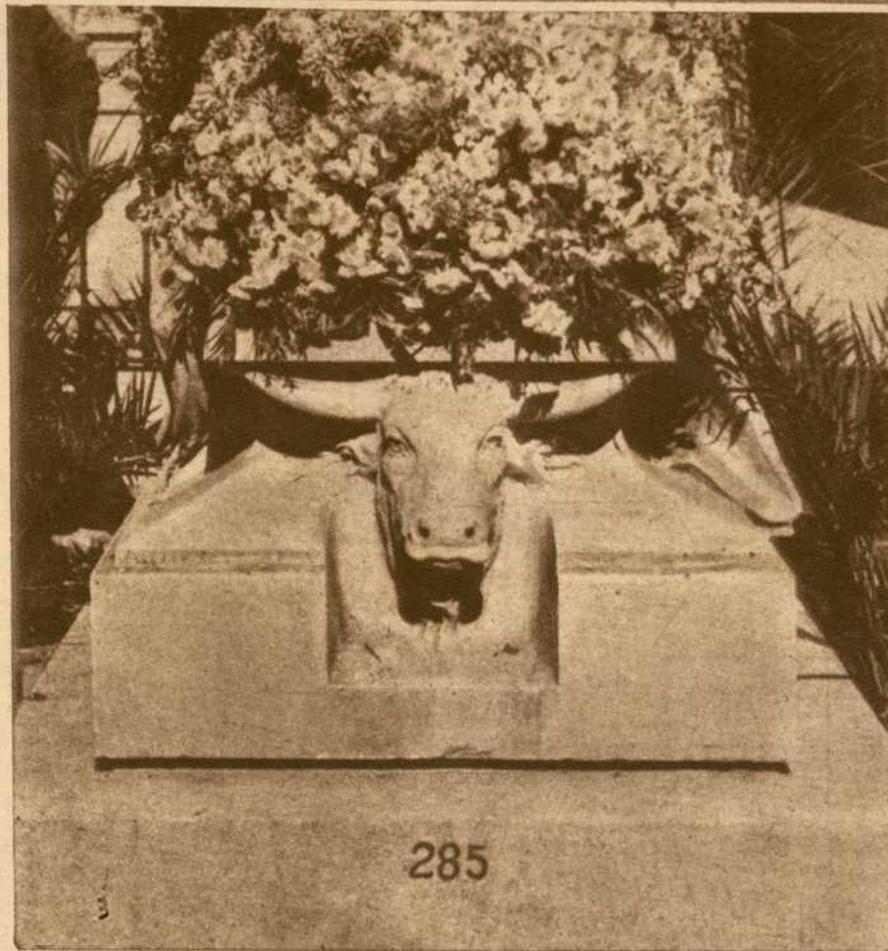
Valor y temeridad del mayor de los Fabrilo

Era el mayor, Julio Aparici Pascual, un mozo fuerte y bien plantado, nacido en la popular barriada de Ruzafa, de la Ciudad del Cid. Había pasado por la aventura y peripecia de los «maletillas» y sabía de las noches en claro, de los topes del tren y de la terrible prueba de las capeas, antes de que por primera vez actuara en la Plaza de sus triunfos y de su muerte de su ciudad natal. Pronto se hizo el ídolo de la afición valenciana, y el eco de sus éxitos llegó hasta Madrid, donde se presentó en competencia con Guerrita y El Ecijano, y su fama, que empezó durante el tiempo en que fué banderillero de Frasuelo, acrecentóse hasta el punto de llevarle a tomar la alternativa, en Valencia, que recibió de manos de el Gordito, para emprender después el soñado viaje a América, del que había de regresar triunfalmente. Frasuelo le confirmó el doctorado en Madrid, en una corrida en la que fué testigo Mazzantini.

Su arrogancia y su valor, en el que llegaba frecuentemente a lo temerario, le situaron en la primera fila de la torería de su época. Tiempos de el Espartero y del Guerra, de Reverte y el Algabeño, de Villita y el Gordito, de Mazzantini y de Lagartijo... Las graves cornadas que sufrió a lo largo de su carrera no hicieron decaer su ánimo, antes al contrario, de cada percance parecía salir con más arrestos, y así, en su historia de torero sin miedo, se cuentan de él hazañas portentosas. Llevado de su amor propio, se crecía cuando sus compañeros hacían alardes de valor, y en una ocasión, como Villita y Algabeño, al hacer sus respectivos quitees, los terminaron de rodillas y quietos ante el toro, Fabrilo, al llegar su turno, extendió el capote sobre el suelo y se acostó tranquilamente sobre él.

El último par de banderillas

Pero estaba elegido por la tragedia, y diez años de experiencia de matador de toros no eran nada para desviar su fatal destino. Eran los toros de ese día desgraciado —27 de mayo de 1897— de la ganadería de don José Manuel de Cámara, Fabrilo y Antonio Reverte, mano a mano. Y todo fué bien hasta que salió Lengüeto. Lengüeto era el quinto toro. Buena lámina, buen peso, buena cornamenta... Le dan castigo los varilargueros hasta de ocho puyas. Ocho puyas que descomponen al toro para el tercio de banderillas. Piden los espectadores



El recuerdo de los hermanos Fabrilo vive latente todavía entre la vieja afición valenciana...

EL TRAJE GRANA Y ORO DE LOS FABRILLO

Con él fueron a la muerte, en la misma Plaza, JULIO Y FRANCISCO APARICI

que claven los maestros. Pero Fabrilo y Reverte, que han observado las condiciones del cornúpeto, se hacen los sordos. El público insiste y ya Fabrilo se dispone a complacerle. Invita a Reverte, pero éste rechaza el par. No, no está el toro para florituras. Y aunque lo pida toda la Plaza, él ha tomado su determinación irrevocable: ha dicho que no y no. Aunque se hunda el mundo. Reverte ha visto el peligro. Fabrilo también. Mas ya tiene el par en la mano, ya va



Julio Aparici

hacia el enemigo, alegrándole en su carrera. No hace nada el toro por él y pasa en falso. Otra vez hacia el peligro, de cara, poniéndole todo el torero. Y a fuerza de llegarle a la cara clava un gran par. Su último par de banderillas. El cuerno le ha entrado por la ingle izquierda. La ovación se ha cortado en seco, y en toda la Plaza se hace un silencio expectante, mientras lo recogen del suelo y lo llevan a la enfermería. Tres días de agonía. Se le produce la peritonitis y la muerte termina con sus dolores terribles.

Eran las cuatro de la tarde del día 30 de mayo de 1897.

El sino trágico de los hermanos

Y un mes después —el 27 de junio—, cuando aun la tragedia de Julio Aparici estaba caliente, se presenta en el mismo ruedo su hermano Francisco. Alterna con Gavira y Valentín y ese día sale en hombros de los mismos espectadores que cuatro semanas antes habían presenciado la cogida mortal de Julio. Dos años por Madrid y provincias, forjando trabajosamente el camino hacia la alternativa deseada. Hasta que llega la tarde del 30 de abril de 1899. Ese día torea en Valencia. De don Felipe Pablo Romero son los novillos, y con él alterna Finito. La jornada no puede ser más desgraciada para el Fabrilo menor, que, ajeno a temores y supersticiones, viste el mismo traje que llevaba su hermano cuando dos años antes puso aquel su último par de banderillas...

Sale Corucho. Tiene las puntas como navajas asesinas, es grande y negro. Lo pican mal, lo banderillean peor y llega a la última suerte con demasiado

poder y recelo. Fabrilo muétea inteligente para esquivar las dificultades del animal. Da un pinchazo. Nuevos pases antes de entrar otra vez a matar. ¡Ay, que el toro le engancha y le derriba! Sin mirarse, se levanta; pero las piernas le abandonan y antes de que se desplome le acogen los brazos de los compañeros. Lleva una cornada que le traspasa el muslo derecho. Y en la sala de la enfermería expira al día siguiente a las dos de la tarde.

Los dos, con el mismo traje grana y oro... Los Fabrilo, hermanos y toreros, planta de mozos bravos, muertos para el romancé, y el mismo traje —grana y oro— para los dos...

Valencia vistió de luto por los Fabrilo y lloró mucho tiempo la pérdida de sus toreros famosos, más que famosos infortunados. Y en la vieja afición valenciana vive aun el recuerdo, como vive para los forasteros en la soberbia arquitectura del panteón que encierra los restos de los dos toreros valencianos, hermanos por la sangre y hermanados por el destino trágico que se encerraba para ellos en las astas buidas de aquel toro de Cámara que mató a Julio y aquel otro astado de Pablo Romero que acabó con la vida de Pa o.

JULIO MARTORELL

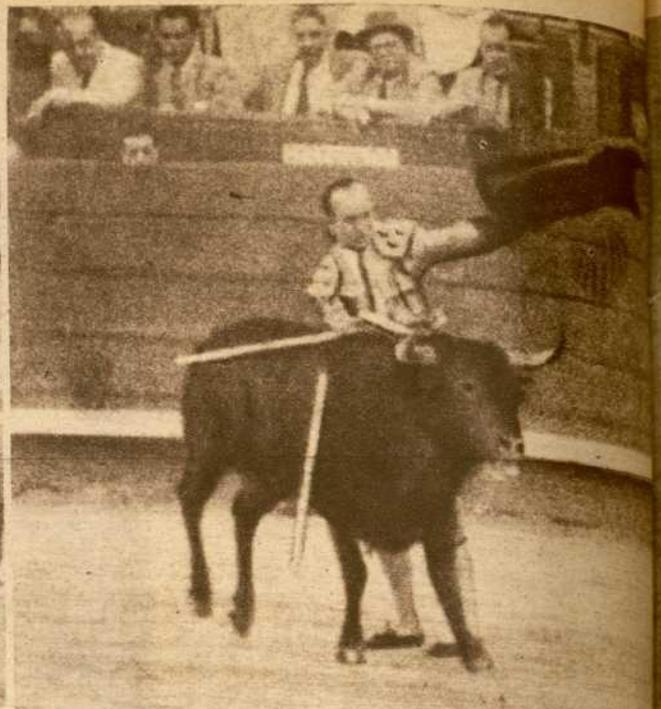
EL JUEVES,
EN MADRID

NOVILLOS
DE MARAÑÓN

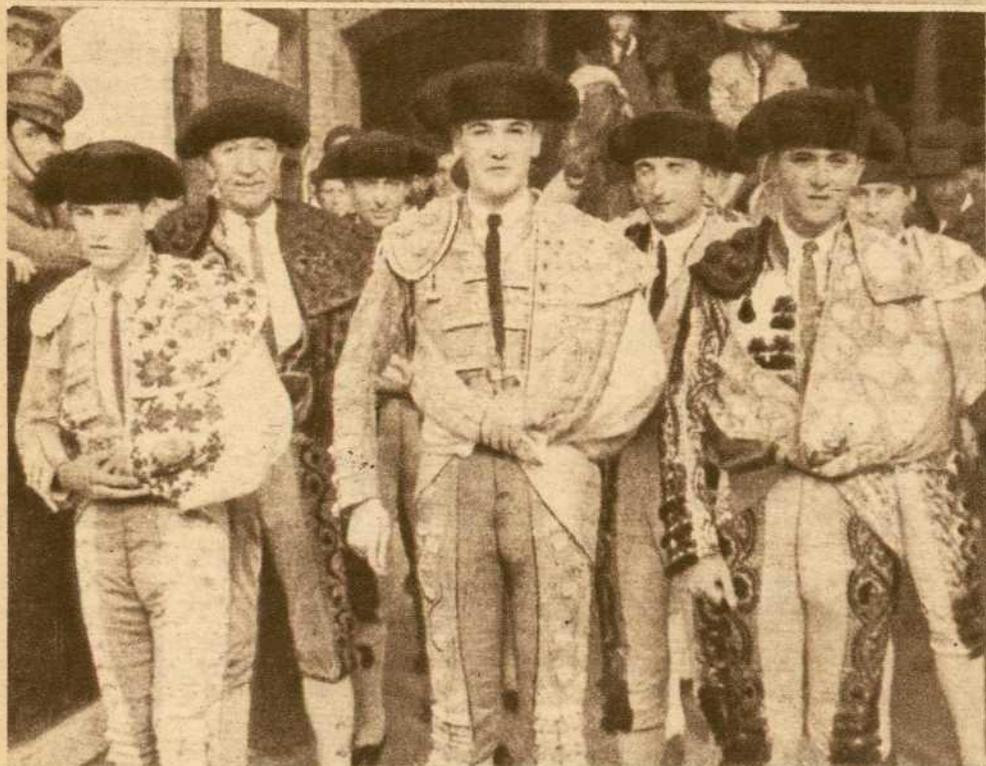
Luciano
Cobaleda,
Cagancho (hijo)
y José Antonio
Mora



Los tres espadas antes del paseo



Un muletazo por alto de Cobaleda



Los tres matadores dispuestos para la corrida

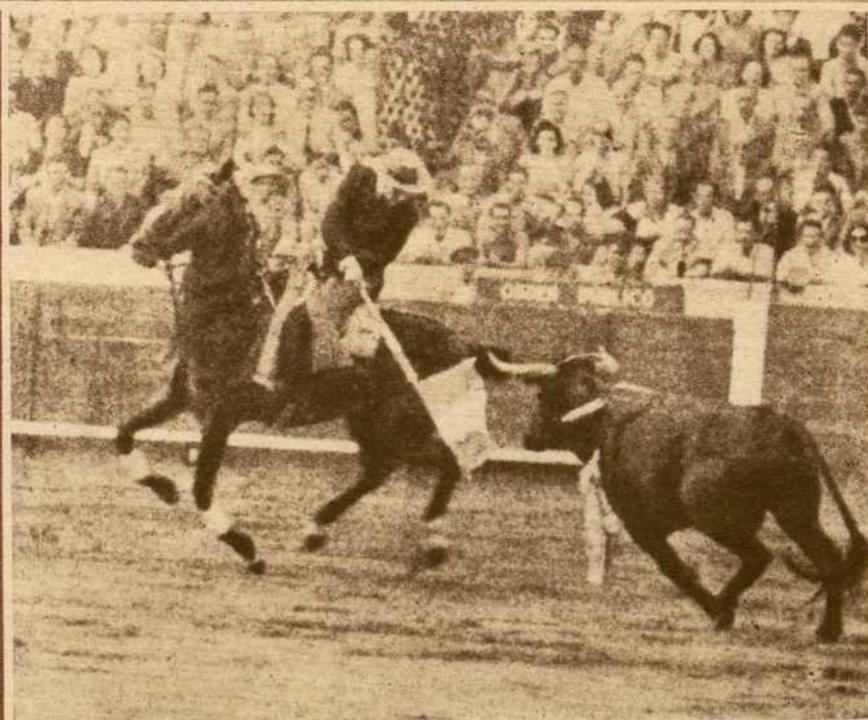


Un buen muletazo de Manolo González

EL JUEVES,
EN BARCELONA

NOVILLOS
DE SAMUEL

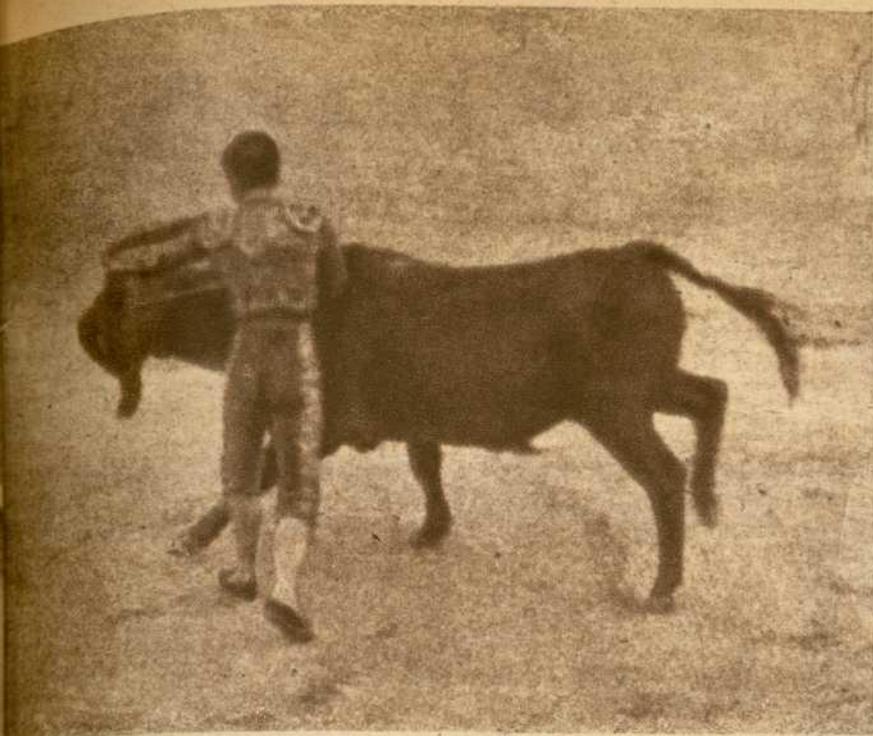
Balañá,
Robredo,
Alejandro
García
y Paco Agudo



Balañá juega con el novillo, después de clavarle un rejón



Un buen pase de pecho de García



José Antonio Mora, en un natural



Cogida de Cobaleda, y Gagancho al quite (Fotos. Zarkhjo)



Pepe Catalán torea por ayudados a su primero



Un gran par de Juanito Bienvenida (Fotos. Vidal)

EL DOMINGO,
EN VALENCIA

▼
NOVILLOS
DE CONRADI

▼
Pepe Catalán,
Manolo
Gonzalez y
Juanito
Bienvenida



Paco Agudo torea sentado en el estribo



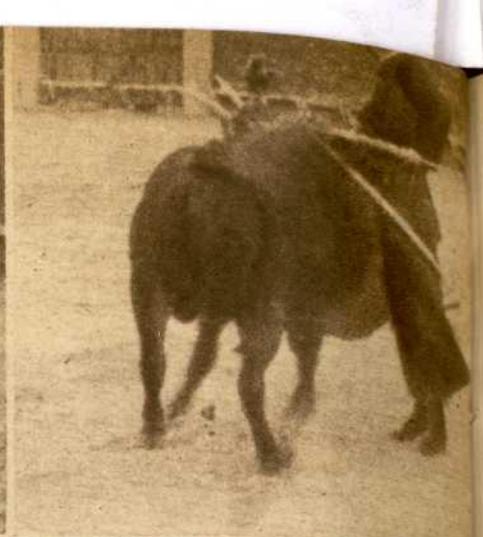
Un quite de Robredo con el capote a la espalda. (Fotos. Valls.)



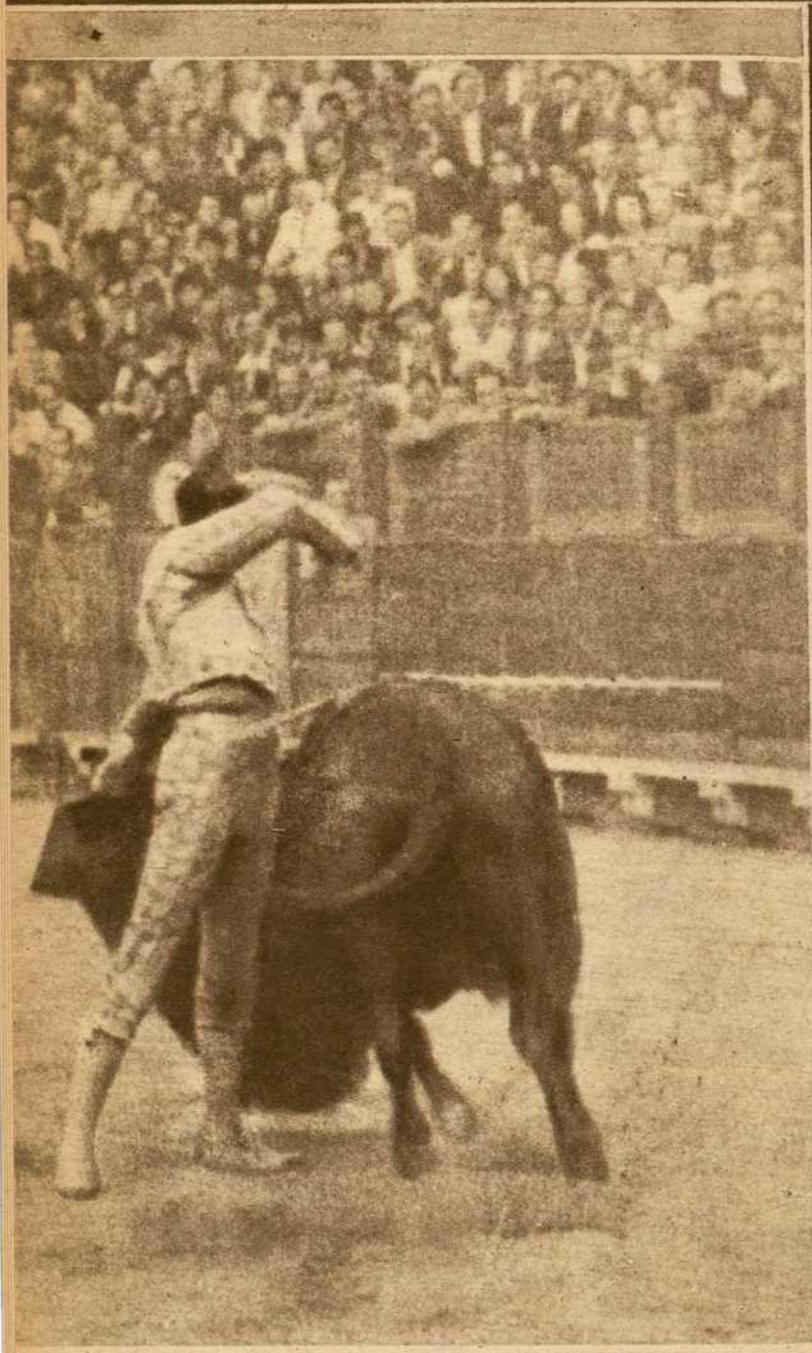
Un gran par con las cortas del notable rejoneador jerezano



El resumen de la corrida. El público obliga a los espadas y a don Alvaro Domecq a que salgan al tercio a saludar una vez y otra...



Alvaro Domecq torea pie a tierra con el empaque de las grandes figuras



Luis Miguel torea con la derecha a su segundo toro

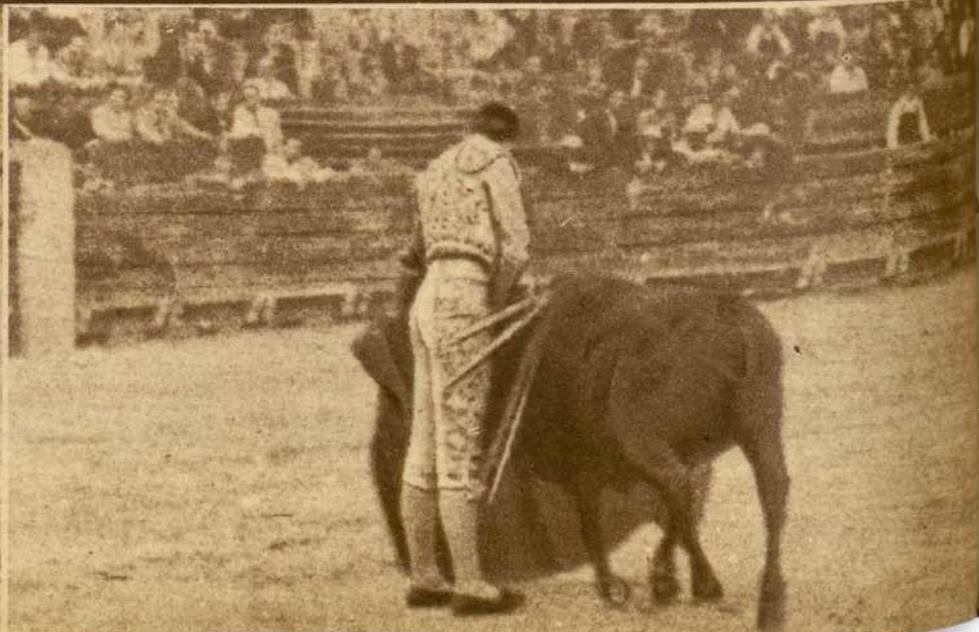
**EL MANO A MANO
EN TOLEDO**

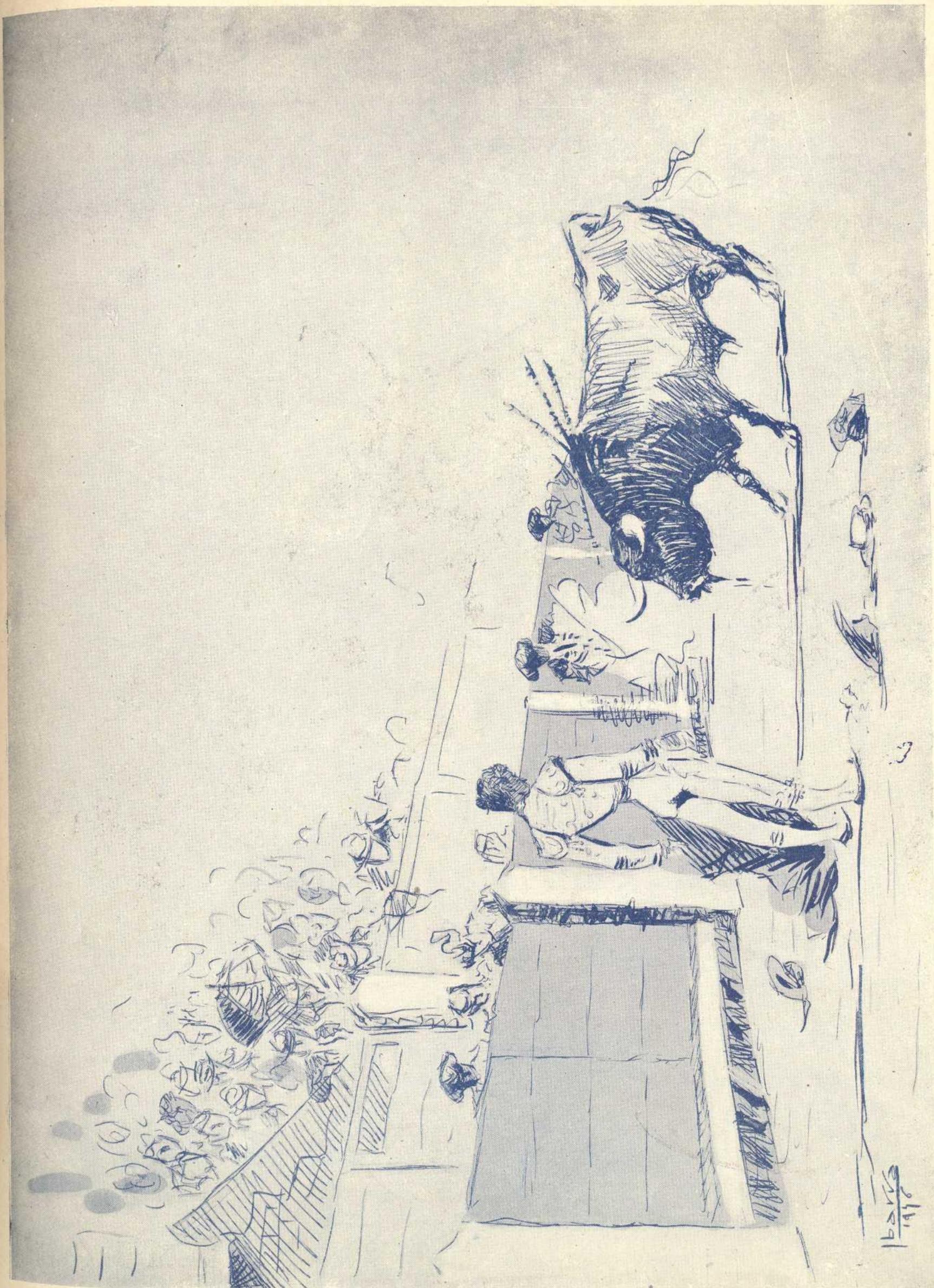
SEIS TOROS
de
Manuel González
y **UNO** de
Graciliano,
para
Alvaro Domecq,
Luis Miguel
Dominguín
y
Agustín Parra,
Parrita

A la izquierda: He aquí uno de los naturales que ligó al quinto toro Luis Miguel Dominguín. — A la derecha: Así inició Parrita su faena al cuarto toro en Toledo



Parrita en la gran faena que le hizo al cuarto toro (Fotos. Mari)





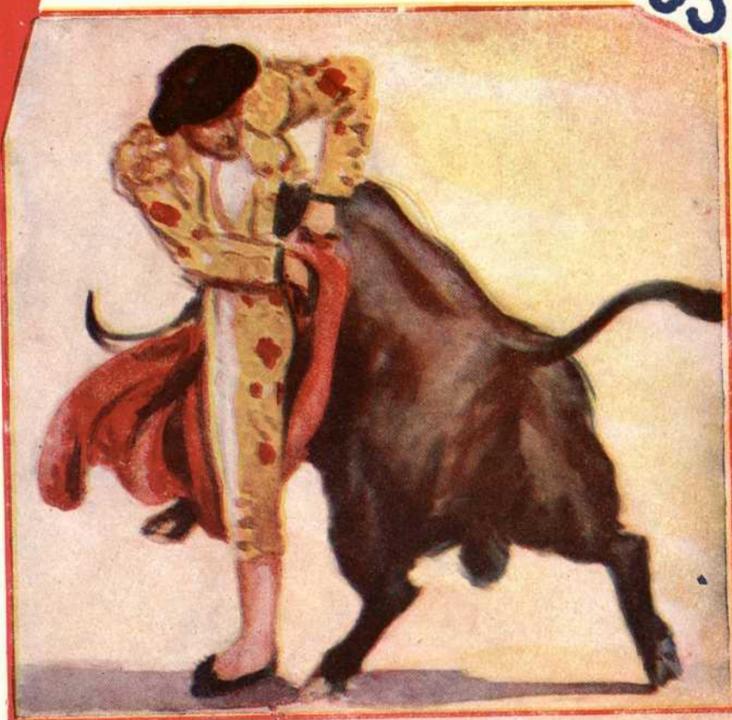
Viendo morir el toro, después de una certera estocada

SUERTES DEL TOREO

EL FUNDADOR...

LA MEDIA VERONICA

Y SUS SEGUIDORES



Pero su verdadero creador fué Juan Belmonte, que llegó a la Fiesta para enseñar a torear en un terreno inverosímil. Por algo se le llamó «revolucionario del Toreo». Después de una tanda de «cinco verónicas sin enmendarse» se liaba el toro a la cintura en su estatuaría «media verónica», que ha quedado ya en el Toreo como la «media verónica belmontina»



Es hoy, en la actualidad, el valiente torero madrileño Manolo Escudero, artífice del capote, quien mejor cuaja la clásica «media verónica»

... Y PARA CALIDAD

COÑAC FUNDADOR

DOMEQO

DE MARCA REGISTRADA SE MANEJA EN MANO DE LA INDUSTRIA